

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: URUGUAY 508

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, SETIEMBRE 3 DE 1882

LITERATURA AMERICANA

POESÍAS DE D. JOSÉ JOAQUÍN PALMA

(Conclusion)

Prueba palmaria de mi aserto es que hay innumerables rimadores, con pretensiones de poetas líricos, que escriben versos intachables por la sujeción á los preceptos de la Métrica y á las reglas de la Gramática; que hablan de sus sentimientos, y los expresan con frases castizas y correctas, y con el ritmo del verso; y que, sin embargo no son ni pueden ser leídos sino es de vez en cuando, por el vulgo de las gentes. ¿Porqué este fenómeno? Es que les falta el supremo ritmo, les falta la divina cadencia del corazón.

Los prodigios de la Mecánica hacen que los mercaderes vendan en sus tiendas ruiseñores de metal que cantan saltando sobre sus cajitas de oro; pero nunca esas notas producidas por admirable maquinaria, serán las notas dulcísimas del ruiseñor de la montaña que, al sonreír del alba, enamorado, canta saltando sobre las ramas floridas de la verde espesura

Todos pueden escribir versos, pero muy pocos tienen una organización delicada y aptitudes superiores para hacer transparentes los tinieblas y los esplendores del alma. Hé aquí porqué hay indiferencia y olvido para la inmensa mayoría de los *pretensos* poetas líricos, y hay recuerdos indelebles, y reconocimiento y ternura indecibles, por los hombres raros, extraordinarios, que han hecho vibrar en su lira las cuerdas del íntimo y verdadero sentimiento. ¿Quién no llora con Byron y con Espronceda los desencantos de la vida? Quién no olvida, hasta sus enormes faltas, al sentir el dardo envenenado de las crueles desventuras de su alma? ¿Quién no medita, ama, adora y espiera, con Lamartine, el poeta de las celes-

tes meditaciones? Quién no siente los vértigos de lo maravilloso, el horror de lo sublime, con Dante, el poeta de las extraordinarias visiones? ¿Quién no mezcla la risa con el llanto, con Campoamor, el poeta filósofo de las *Doloras*? ¿Quién no delira con el delirio de Nuñez de Arce? ¿Y quién con José Joaquín Palma, el poeta de las cantinelas de los trópicos, no entra, á la moribunda luz del crepúsculo de la tarde, en vergeles encantados ó en los mágicos palacios de los sueños?

No sólo revela Palma los verdaderos afectos del alma, no sólo domina el género *eminentemente subjetivo* de la poesía lírica, sino que también, como distintivo que es propio en sus composiciones, hace sobresalir, en la música de sus versos, penetrantes notas de honda y dulcísima melancolía. Y la tristeza que respira en sus cantos no es la cónica tristeza de la ficción, que apela á las *cuitas* y á los *ayes* para arrancar, como de por fuerza, lágrimas y suspiros. No; la melancolía de Palma es natural, es la hija aflijida y llorosa de su génio, vestida siempre de luto, y ornada de pálidas rosas blancas y fúnebre ciprés.

Y es que Palma ama, en todo y por todo, y con amor entrañable, el ideal; y nada más triste que un amor así.

Sentir el ideal, amarlo, verlo resplandecer en la mente, y querer, con delirante afán, su objetividad, su realización en la mujer, en la familia, en la amistad, en las instituciones, en la sociedad, en la patria, en la humanidad, en las creencias religiosas, en las ideas, en los afectos todos, y luego tocar, día por día, hora por hora, la impura y repugnante realidad llena casi siempre de limitaciones, de pequeñeces, de falsedades, de engaños, de miserias, de podredumbre, de asqueroso cieno!

Tal contraste entre lo puro y lo abyecto, entre lo sublime y lo rastroso, es un contraste horrible, muy horrible: es el mal incurable de que padecen las almas elevadas, es la sublime enfermedad del génio! Este combate y lucha, sin tregua ni descanso, entre las fuerzas antagonistas del ideal divino y de la grosera realidad; y en esa lu-

cha, el génio, desesperado, arranca pedazos de su alma, y los lanza al mundo, todavía humedecidos por el vapor de eternas lágrimas; y el mundo, despiadado, apenas si los mira indiferente; pero llega un día en que los recoge, los guarda y los venera con santo y religioso amor, porque aquellos fragmentos del martirizado espíritu son las obras inmortales de la ciencia y del arte, son el patrimonio y el consuelo de la pobre y doliente humanidad.

Caracterizado, brevemente, el fondo que, en mi sentir, tienen las poesías de Palma tócame hablar de la forma de sus producciones literarias. Diría mal, si dijese que Palma no carece de descuidos en sus composiciones; pero diré bien, si digo que la forma, que la expresión que sabe dar á sus poéticos pensamientos, por lo peregrina, por lo delicada, por lo vagarosa, es casi indefinible, casi imposible de sujetarla á los consagrados calificativos.

Semejante dificultad proviene de que Palma tiene una refinada sagacidad para ver en lo moral y lo físico, lo que muy pocos ven; para percibir esos delicadísimos detalles, esas fugaces exhalaciones de la belleza que se escapan siempre á la mirada vulgar; y para hallar, en nuestro opulento y armonioso idioma, las palabras más propias, precisas, expresivas y dulces, que son, para los que leemos sus versos, como perfectas fotografías de su pensamiento, elaboradas por magos artistas, en misterioso laboratorio, y á la tenue luz de las estrellas.

La casi ideal belleza que Palma sabe dar á las formas de sus composiciones, hace que éstas sean tan populares. ¿Quién, donde Palma escribe ó recita, no aprende y recuerda sus cantos? ¿Quién no graba sus versos en la memoria y en el corazón? Y es que Palma tiene el privilegio de los grandes poetas: convierte la palabra en magnífico pincel; y pinta con fidelidad, pureza, novedad y brillantez. Sus cuadros, engalanados con marcos de primoroso y arabesco trabajo, tienen lienzos que reproducen escenas seductoras, llenas de suave y celeste colorido, que me hace recordar la suavidad del

pincel con que Murillo dió vida á sus inmortales vírgenes.

Empero, yo deseo, y deseo de todas veras por la gloria del amigo y la honra de nuestras letras, que Palma tome el pincel de Miguel Angel, y legue á la posteridad cuadros grandiosos

¡Cuánto me he recreado con tus versos, buen amigo! Leyéndolos he visto la mirada soñolienta, cariñosa y lánguida del lucero del alba, he visto como se coloran, de instante en instante, las mejillas de la temprana aurora; he sentido el despertar de las plantas, y percibido sus amores y alegría, al fecundarse con el polen, temblando de placer; he sentido las puras y frescas emanaciones que se exhalan en las serenas mañanas de Abril, y los trinos y gorgoros de las parleras aves que se cuentan, indiscretas, las dichas que gozaron en sus ocultos uidos; he visto los pasos de la luz del sol que camina altiva, hollando las sombras que huyen presurosas; he visto cómo se alzan las corolas de las flores, al medio dia, y cómo en los nevados nardos, en las pálidas azucenas y en las encendidas rosas, se evaporan las gotas de rocío, las lágrimas de la aurora; he sentido los desmayos de la apacible tarde, y los estremecimientos de la menuda sensitiva que se pliega, como dolorida, y los movimientos pudorosos de la sencilla violeta que se oculta, como avergonzada, bajo sus verdes hojas; he sentido la tristeza que inspira el crepúsculo de Occidente, que parece ángel de luz que nos sonríe, agonizante, en su aéreo y afiligranado lecho; he percibido el tardo paso de las sombras de la noche que traen, sigilosas, secretos y misterios; he visto cómo se entretiegan los ténues rayos de las estrellas, formando encages vaporosos, propios para cubrir la forma ideal de los querubens, y cómo se quiebran los trémulos rayos de la luna melancólica sobre los empolvados mármoles de las desiertas tumbas; he visto cómo se duermen, voluptuosas, las flores, que dejan escapar, en su sueño, la mas rica esencia de sus embriagadores perfumes; he sentido todos los vagos y misteriosos ruidos de las túbias noches de estío, y entre ellos, las palpitaciones del corazón de púdica doncella que, ardiendo en desconocidas ansias, sueña ¡ay infeliz! con los amores de los ángeles; y he visto y sentido mucho, mucho más; y sobre todo, Palma, ¿por qué no he de decirlo? He visto *las tinieblas de tu alma*. (1)

RAMON ROSA

(1) «Las tinieblas del alma» es el nombre que lleva una de las más bellas poesías de Palma.

HIMNO AL TRABAJO

DEDICADO Á LOS ALUMNOS DEL COLEGIO DE ARTES Y OFICIOS

Coro

Alcemos compañeros
El hacha del trabajo,
Y en la labor unidos
Corramos al taller;
Resuenan los martillos
Sobre el metal fundido,
Y en torno de la fragua
Corramos á aprender.

Hoy somos infantiles
Espíritus pequeños,
Que se alzan con la chispa
De luz del porvenir;
Mañana sentiremos
Del hombre los destellos
Y el corazón mas grande
Con mas vigor latir.

Hoy somos pequeñuelos,
Mañana creceremos
Y crecerán los sueños
Y la ambición quizá;
El porvenir es nuestro,
Entónce esclamaremos,
Porque el espacio es ancho
Donde el trabajo está,

Corramos al trabajo
Y en la labor unidos
Un himno levantemos.
Al digno bienhechor,
Él bueno y esforzado
Nos señaló el camino
Por donde el hombre sube
Con dignidad y honor.

Corramos compañeros
Llevando el estandarte
Que dignifica y alza
La humana condicion;
El pabellon hermoso
De las divinas artes
Alcemos tremolando
Con noble decision.

La escuela, es el soberbio
Magnífico santuario,
En donde el hombre aprende
La redención moral;—
El Arte y los oficios
Taller de la enseñanza
Es donde el hombre aprende
Sin méngua á trabajar.

El porvenir es nuestro,
No hay nada que amedrente

Nuestra esperanza rica
De anhelo y juventud;
Marchemos de la mano
Mientras el alma siente
Que le penetra un rayo
De ciencia y de virtud!

Marchemos! sí marchemos.
Salvando los escollos
Bañada nuestra frente
Con luz de inspiracion.
Marchemos compañeros
El hacha sobre el hombro
A la labor cantando
Alegre el corazón.

Marchemos, entonando
Un himno de alabanza,
Un cántico de gracias
Al noble bienhechor;
Aquel cuya palabra
A un templo nos acerca,
Y que la ley nos muestra
De la igualdad de amor.

En las doradas páginas
Del libro de la historia
Un dia no lejano
Su nombre brillará.
Sucederán los dias
Transcurrirán los años
Y en letras de oro el muro
Su nombre guardará.

Su nombre, que bendice
Nuestro infantil acento
Que en gratitud repite
El tierno corazón.
Hoy somos pequeñuelos
Mañana creceremos
Y el nombre será entonces
Altar de adoracion.

¡Corramos compañeros
A la labor unidos
La fragua nos espera
Nos llama ya el taller.
Dan vuelta los cilindros
Resuenan los martillos,
Obreros! industriales
Corramos á aprender!

JOSEFINA P. DE SAGASTA.

HISTORIA DE UNA CALAVERA

(Continuacion)

—Parece que os llama la atención la calavera, me dijo el Doctor reparando en la insistencia con que la miraba.

—Si, es verdad, contesté, y si no soy indiscreto os preguntaré si habeis conocido en vida á la persona á quien pertenecia.

—Que si la he conocido, decís!—exclamó el Doctor poniéndose de pié y arrojándome una mirada estraña.

—Perdonad la curiosidad de mi joven amigo, profirió Enrique sonriendo, pero os rodeais de cosas tan lúgubres. . . .

—Y qué encontráis de lúgubre en este cuarto?

—Todo Doctor, hasta vos.

Rawlend soltó una nerviosa carcajada.

—Con que os parezco lúgubre!—esclamó dejándose caer en su asiento—y sin embargo, mas lo es la historia de esa calavera.

—Oh! Doctor, contadnosla si gustais.

—Y porqué nó? Los muertos bien pueden recordar el pasado, y vivir de sus recuerdos como otros viven de sus alegrías presentes. Yo no vivo, sobrevivo á mi quebranto, marcho entre sombras como un espectro arrojado de su tumba. No hay mas luz para mí, por eso me refugio en las tinieblas. No hay mas esperanza para mi desolado corazon, por eso sonrio á la muerte y me rodeo de todo aquello que me la representa.

No soy un loco—continuó con una melancólica sonrisa—he sufrido mucho, tanto, que hoy no sé lo que es sufrir, ni llorar, ni maldecir.

Un amor hasta mas allá de la tumba, os parecerá una estravagancia, y no obstante, yo he amado así.

Hacen veinte años que ella ha muerto para el mundo, pero para mi corazon que la adora como el primer dia que la conocí, vive y vivirá mientras aliente.

—Veinte años, Doctor!

—Veinte años que vivo enamorado de una muerta.

—Eso toca en lo inverosímil.

—Teneis razon, pero lo que no sabeis es que mi amor á Elisa era un crimen, un crimen que el mundo no perdona.

Yo miré al Doctor asustado y una mala idea cruzó por mi mente.

—Sí, continuó Rawlend sin apartar sus ojos de la calavera—yo amé á Elisa con un amor del infierno.

Pero he prometido referiros su historia, y voy á contaros donde la conocí.

Fué en un baile de máscaras.

Jamás habia asistido á esta clase de diversiones, pues consagrado á mis estudios, no iba á ninguna parte.

Tenia yo por aquel tiempo de compañero de cuarto, á un íntimo amigo, estudiante de

derecho que como yo, le faltaban dos años para recibirse.

De carácter alegre, no perdía rípió para divertirse, y con frecuencia olvidaba los libros para correr tras aventuras amorosas que las mas de las veces terminaban con un duelo. . . á tenedor entre sus camaradas de francachela.

Salvo estos defectillos inherentes á la juventud, era un excelente chico, á quien estimaba por la bondad de su corazon.

Un dia entró en la pieza loco de alegría. —Esta noche estoy de baile—me dijo, y cuento contigo.

—Querido Daniel, ya conoces mi carácter apático, que detesto las diversiones.

—Pero estamos en vísperas de carnaval y es preciso que dejes los estudios. Quién no echa una cana al aire en estos dias de locura y jolgorio? Un baile de máscaras! Sabes tú, idiota, lo que es un baile de máscaras? Pues te lo diré: es el paraiso despues del asunto de la manzana!

—Doble motivo para que huya de las tentaciones, contesté riendo.

—Cuando te encuentres entre las alegres mascaritas, darás al diablo tus virtuosas familias. He prometido llevarte y no me harás quedar mal.

—Y á quién se lo has prometido?

—No lo puedo decir.

—Secretos! pues mira, no voy.

—Y si te dijera el nombre de la persona que se interesa en que asistas al baile de esta noche? . . .

—Ah! Entonces puede. . . .

—Pero te advierto, que tú no la conoces, ella sí.

—Ella! su nombre, por favor.

—Te entusiasmas! Bravo! se llama Elisa.

—Bello nombre. Elisa, Elisa; y repetí dos veces seguidas su nombre.

—Y es linda como un ángel y te ama; verdaderamente que eres digno de envidia. Tú amado por Elisa. . . .

—Por Dios, no me vuelvas loco de vanidad. No sé quien será esa mujer, pero he sentido algo estraño, desconocido, al pronunciar su nombre. La quiero desde ya, por que Elisa se llamaba mi madre, mi pobre madre; y mis ojos se llenaron de lágrimas, al recordar á la que me diera el ser.

—Vaya! déjate de recuerdos tristes y vis-téte. La palidez de tu rostro creo que es lo que ha llamado la atencion de tu futura amada; ella tambien es pálida y tiene unos ojos magníficos, incomparables, como no he visto otros en la vida.

Yo no escuchaba á Daniel.

Elisa absorbía todo mi pensamiento, y la sonreia desde el fondo de mi alma, como si la conociera.

Qué pasaba por mí? Yo mismo no lo sabia. Iba á ver una mujer que me amaba, que anhelaba escuchar el eco de mi voz, que deseaba estar á mi lado, bailar. . . .

Oh! Y cómo me latía el corazon cuando pensaba que mi brazo rodearia su cintura y la diria en voz baja, cuanto puede decirse á una mujer que se adorna de rodillas!

Si, la estraña agitacion que me dominaba, era amor, porque nunca habia sentido tales emociones.

RAIMUNDA TORRES Y QUIROGA.

(Continuará)

EL FRAC

Acaba de salir nuevo, flamante, de las manos de un afamado sastre, y espuesto en el escaparate de una elegante sastreria, luce su mérito y pregona su elevada alcurnia, orgulloso del importante papel que está llamado á desempeñar en la vida.

Bien quisiera poder librarse de la exhibicion prematura á que su confeccionador le obliga, porque está seguro de que nació para ser admirado, y presume de modesto, pero tiene que someterse, porque el hombre gusta de la lisonja, se entusiasma con el efecto que causan las obras de que está orgulloso, y el orgullo del sastre es un frac. Quitad esa prenda del número de las de vestir, y el sastre, aunque en otras muchas puede lucir su habilidad y gusto estético, estará amilanado y no se atreverá á llamarse artista.

Conozco quien asegura, con el acento de la conviccion mas profunda, que su felicidad se cifraria en vestir la túnica romana; sé que hay muchos que gustarian adornarse con el pesado casco de los guerreros de la Edad media para tomar café en el Suizo, ir al barrio de la Salamanca en tranvía y abonarse á palco en los Bufos; y no falta quien se deja seducir por el recuerdo de las famosas capas largas y chambergos, que tan famosísimas desazonas dieron á Esquilache, uno de los ministros mas famosos del no menos famoso rey Carlos III.

Esta variedad en el repertorio de la sastreria demuestra que cada época tiene un carácter predominante, y que á ese carácter corresponde el traje.

La tribuna, las discusiones en la plaza pública, el pueblo-rey, los ciudadanos árbi-

tros y los juzgadores de sus propios destinos, necesitan la túnica de los romanos, porque ese traje es el símbolo mas exacto de la seriedad y de la magistratura.

Los combates, la lucha eterna del señor con el vasallo, y de ambos con el enemigo común que á cada momento amenaza destruir la propiedad y mofarse de la religion cristiana, exigen la coraza y el casco.

En esta época del dinero y del positivismo impera el frac, y no hay rival que intente despojarle de un dominio, justamente conquistado, porque si puede decirse que el frac no es la prenda que representa la talla de las gerarquias, nadie se atreverá á negar que es la que mejor sirve para hacer fortuna, y la que mejor la dá tono.

Un conocido escritor, amigo mio ha dicho que la blusa es la camisa de fuerza del obrero.

Yo creo que la blusa es mas bien el padron del trabajo.

Pero hoy, por desgracia, este padron no es conocido. La blusa va desapareciendo.

Solo hay dos prendas de vestir, nobles en la adversidad como en la fortuna, que tienen valor propio y uso muy distinto, y entre las cuales hay un abismo: la chaqueta y el frac. La chaqueta vive de dia, el frac de noche; por eso la chaqueta puede ser de muchos colores, y el frac solo negro, del color de la noche en que vive.

Pero todos los fracs no son iguales. En ellos no existe esa fraternidad tan decantada como inútilmente perseguida, que aun sirve para alucinar á los cándidos. En los fracs hay tantas clases como en el pueblo indio. Allí habia párias. Tambien en los fracs existen.

El frac de lujo es el verdadero frac, el destinado para las grandes empresas, el llamado á lucir, á brillar. Siempre satisfecho de su elegancia y de los servicios que presta, le vereis pasear orgulloso en una reunion, en un baile ó en un teatro. Para él no hay penas; todo es alegría. Su dueño no le trata mal si le usa mucho. En cambio, si le olvida, pronto sus arrugas indican una vejez prematura, que es signo infalible de la muerte.

„No habeis asistido á una funcion dramática de sociedad ó á un espectáculo en el que el jóven violinista D. N. tomaba parte, tal vez porque la fiesta se organizó con un objeto benéfico? Pues si en la funcion de sociedad se representaron comedias de costumbres, habeis visto á los actores con fracs dignos de figurar en el museo arqueológico, y si llegasteis á oír al violinista, lo que mas

os sorprende es el frac de aquel Paganini inédito, pobre, que empieza el camino del arte, camino fatal, pues que no siempre está por él la gloria, y sí el Calvario.

Aquel artista desde el primer momento os es simpático. Antes que la música que ejecuta, os ha conmovido el raído frac del debutante, y hecho salir á vuestros ojos una lágrima, mezcla de compasion y de protesta muda contra la fortuna. Y esto ¿por qué? Porque el frac del pobre inspira mas lástima que una blusa rota ó una chaqueta con harapos, porque denuncia la mas terrible de las pobrezas, la que se vé obligada á fingir la felicidad; porque, en una palabra, aquel frac es una burla del destino, que obliga á la miseria á presentarse en traje de etiqueta.

La fortuna de un jugador es la baraja, la de un poeta sus manuscritos, la de un torero la cadena del reloj, la de los cómicos su guarda-ropa, la de un ayuda de cámara ó mozo de café, el frac.

Si alguno dudase de que el frac imprime seriedad á quien lo lleva, bastaria para convencerle de lo contrario lo que con los ayudas de cámara sucede. Ellos, que con blusa ó chaqueta pierden la serenidad y se entregan á los furros de una alegría estúpida y escandalosa, parecen estátuas cuando visten frac, y crearian un crimen sonreirse.

El frac es el traje de lujo de los señores, y el uniforme de los criados.

¡Inexplicable ley de los contrastes!

Al frac se debe una igualdad que no han logrado todas las revoluciones.

El frac tiene la filosofia de la mujer. Porque sabe que se le estima es exigente. Siempre está pidiendo. Teneis necesidad de que el pantalon sea de elegante corte y género superior, que el sombrero sea nuevo y reluciente, que el charol de las botinas brille, libre de arrugas, y que la nivea camisa haga mas perceptible con su especial planchado el oro de la botonadura. Aún así no se dá por satisfecho, y cuando una corbata, cuando un «clac», cuando unos guantes, pocas veces dejan de mortificar sus peticiones. Es un censo irredimible, un fraile agonizante, un estómago hambriento que nunca logra verse satisfecho.

He dicho antes que el frac era siempre negro, y no es verdad. Los hay tambien verdes y azules, pero no se ven ya por el mundo.

Los fracs verdes que han quedado tienen influencia en la política moderna. Son el traje de gala de los diputados rurales viejos que aun nos restan, para demostrar que es mas antigua que lo que parece la costumbre

de decir «sí ó nó», por aquello de que en boca cerrada. . .

Comprendo que el frac no tenga muchos partidarios; pero solo puedo atribuir á mala fé el q' se diga que no tiene ninguna virtud.

Esto no es cierto, y de ello enérgicamente protesto. Si otros muchos méritos no le hicieran aceptable, este solo motivo bastaria para negarle nuestra consideracion. Tiene una virtud rara en todos los tiempos, y aun mas en este de positivismo y mentira en que nadase respeta; la virtud de la fidelidad.

No os fiareis del amigo mas íntimo, ni de la mujer que mas os diga que os ama, ni aun de vuestro perro, pues hay pruebas de que hasta el perro se ha contagiado con la enfermedad reinante y ha olvidado algunas veces su lealtad tradicional; pero os podeis fiar del frac. Si le llevais puesto, nadie dudará que os pertenece. Si le dejais á un amigo, perded cuidado, que con sus anchuras ó estrecheces irá diciendo desde cien leguas: «este no es mi dueño».

Los enemigos del frac son los demagogos y la polilla. Los demagogos aspiran á destruirlo por completo y no consiguen nada; la polilla, mas modesta en sus deseos, se contenta con perseguirlo con el mayor sigilo, concentrando su rabia en uno solo, y raro es el frac á quien ella fia el secreto de su enemistad que no lllore amargamente tal infortunio.

Del frac podria escribirse una historia, que á semejanza de uno de los dramas de Echegaray, se titulase «Como empieza y como acaba».

Empieza bien, muy bien; llamando la atencion de todo el mundo por su buen corte, elegancia y distincion.

Acaba mal, muy mal; en el fondo de un cofre, sepultado en vida por los siglos de los siglos, ó en un baratillo ó prendería, donde se esconde avergonzado entre antigüedades ruinosas, hasta que algun comprador de «recuerdos» le adquiere en bajo precio para utilizarle como ropa vieja.

Tiene, en fin, la misma suerte que el vicio, por mas que no lo merezca.

Se ve glorificado un dia, despreciado una eternidad.

MIGUEL MOYA

E L F R I D A

Dedicado á la hermosa señorita Maria Cristina Sagasta.

(Continuacion)

—Es necesario que os hagais amigas y la interrogueis.

—Perded cuidado.

—Y cuando volverá vuestro padre?—la preguntó Steinhausse lanzándole una mirada nada casta.

—No sé.

—Y donde ha ido?—tornó á preguntar el imprudente. ¿Qué hace?

—Caza en las montañas.

—De noche? Sabeis que es curioso lo que decís! Y se puede saber que clase de caza es la que hace?

—Creo que de. . . corzos.

—Oh! Corzos en estas montañas! Pero no estais muy segura, porque habeis dicho *creo*, y. . . .

—Queréis callar!—le dijo el capitán dándole con el codo, sois el azote de las gentes, con vuestra garrula, fastidiaríais á esta amable criatura y nos pasaremos la noche al raso.

—El infierno me chamusque las tripas, sinó me la llevo conmigo. Verdad que es linda, capitán?

—Este demonio no tiene compostura, dijo Kohenick.

—Humilde y pobre es la hospitalidad que puedo ofreceros, pero cierta estoy que disimularéis—profririó la jóven;—luego mudando de tono añadió:—Venid, Señores viajeros, y echó andar adelante.

La seguimos.

V

Figuraos un cuarto de cinco metros de largo por otros tantos de ancho, cuyas paredes inmensamente blancas, estaban adornadas de cuadros y de objetos de caza.

Veíanse cuchillos de monte, escopetas, arcos, flechas, trompas, jabalinas y cornetas de bronce que pendían de los ramosos cuernos de una cabeza de ciervo desecada, y confundida con esta amalgama, una colección magnífica de pipas de todas formas y tamaños.

Un lecho cubierto de pieles de camello, una mesa, un pequeño estante de pino, dos sillas de tijera, una caja de violin, álbums de música, lienzo y pinceles, he ahí lo que vimos al penetrar en aquella choza, que si no la habíamos conceptuado de pocilga,

la suponíamos verdadera habitación de salvas.

—Este es mi palacio!—exclamó la jóven sonriendo de un modo extraño.

—Si en realidad no lo es, confesad al menos que en él hay una hada—le contestó Raul.

—Parece que sois aficionada á la música—la dije señalándole el violin.

—Algo.

—Y hace muchos años que vives en este desierto?—le preguntó el capitán mirándola atentamente.

Ella pareció sorprendida de esta interrogacion, y tardó en contestar.

—Muchos—dijo por fin.

—Y teneis familia?

Una llamarada de cólera cruzó su frente al oír esta segunda é inoportuna pregunta, y replicó con voz alterada:

—No.

—Hace un momento que nos habeis dicho que vuestro padre andaba cazando corzos. . . .—observó Steinhausse.

Maston le pisó disimuladamente el pié para que callara.

—Ah! sí, es verdad. . . mi padre—murmuró, y se quedó pensativa.

Raul que se habia sentado dando la espalda á la luz, observaba la fisonomia de la jóven.

—Esta mujer ó es una mártir ó es una infame—me dijo.

—Oh! qué suposicion, amigo mio! Es indudable que en su vida debe existir algun secreto, tal vez sea desgraciada, pero infame, nó. La mirada de sus ojos, su acento, la bondad de su alma que se refleja en su semblante, todo predispone á su favor.

Raul iba á contestar, cuando se oyó el galope de un caballo, al mismo tiempo que los desaforados ladridos de un perro.

—Mi padre! Ahí está mi padre! gritó la jóven, y corrió á la puerta de la choza.

VI

Un hombre alto, una especie de gigante, rojo de puro rubio, de mirada torva, con una ancha cicatriz que le cruzaba parte del rostro, apareció á nuestra vista.

Vestía pantalon de paño negro, chaqueta de pana, botas de piel de gamuza, sombrero de castor y una boa de lana.

En su cinto veíanse un par de pistolas. Los cabellos de su frente se encrespaban al vernos y llevó la mano al cinto, pero la jóven detuvo su brazo y le habló en un idioma ininteligible y que el mismo Diablo-Cojuelo—como dice Pedro de Alarcón—no hubiera traducido.

A medida que la jóven hablaba, la expresion de su rostro se dulcificaba, y aún creímos ver una sonrisa en sus sanguinolentos lábios.

—Mi hija me ha contado que sois viajeros que la noche ha sorprendido, bien venidos seais—nos dijo con acento extranjero.

—Gracias—contestamos á una.

—Y dónde os dirigís?

—A Lanussi.

—Está distante de aquí?

—Algunas leguas.

—Y pensais continuar vuestro viaje?

—Sí.

Los ojos de la salvaje se dilataron al oír que nos marcharíamos.

Steinhausse se acercó á mí.

—Este bandido no tiene buenas intenciones con nosotros—me dijo—reparad en la mancha de sangre que tiene su mano derecha.

Miré con terror.

—Qué decís de esto?

—Que hemos cometido una imprudencia al venir aquí, y que si nos descuidamos, nos pasará algo malo. Y esa mujer tan bella ¿será verdaderamente su hija?

—Imposible.

—Acercaos y bebed un vaso de vino—nos gritó el salvaje escanciando en unos vasos un líquido oscuro.

—No bebeis vos?—me preguntó la jóven.

—Nó.

—Si gustais unas pasas de Corinto. . .

—Acepto con placer.

Se levantó y sacó de un anaquel una cesta repleta de provisiones.

—Es lo único que tenemos—profririó poniendo sobre la mesa un queso, pan, dátiles y pasas, y luego en un momento de descuido me dijo rápidamente: Procurad apartaros de vuestros compañeros, tengo que hablaros.

No me tuve que dar mucha maña para satisfacer su deseo, pues los vapores del alcohol habian hecho su efecto en Kohenick, Steinhausse, Enrique y Dulis.

Solo se mantenian firmes Raul, el capitán y el salvaje, que conversaba amigablemente con ellos.

Para no despertar sospechas, fingí un leve dolor de cabeza.

—Seria conveniente que respirarais el aire fresco de la noche, eso os aliviaria—me dijo Raul dirigiéndome una mirada de inteligencia, que comprendí perfectamente.

—Si me permitís. . . dije volviéndome á los dos hombres.

—Sois dueña de hacer lo que os plazca—
contestó el capitán Maston.

No necesité oír mas y salí.
La jóven me aguardaba.

VII

—Os doy las gracias por vuestra amable
condescendencia—profririó estrechándome
la mano con efusion. Pero estamos de pié
y esto es incómodo—continuó mirando en
torno suyo, ¿quereis que nos sentemos bajo
la encina?

—Bueno.

Nos sentamos.

Yo esperaba que la jóven hablara.

Durante un rato no se cambió una frase
entre ambas; ella parecia entregada á pro-
fundas reflexiones: por fin levantó la cabe-
za que hasta entonces tuviera inclinada
sobre el pecho, fijó en mí una mirada y me
dijo:

—Sin duda os habrá estrañado la peticion
que os he hecho, no teniendo como no ten-
go el honor de que me conozcais.

Este hábil exordio me sorprendió, y la
contesté maquinalmente:

—Oh! nó; una entrevista se pide á cual-
quiera.

—Pero es un abuso de confianza.

—No lo creo así.

—Me congratulo que penseis de ese mo-
do, porque eso me estimula á ser expansiva
y á no ocultaros nada.

—Agradezco la simpatía que os inspiro y
procuraré hacerme digna de ella.

—Ante todo: permitidme que os haga una
pregunta.

—Mí si es vuestro deseo.

—Qué juicio habeis formado de mí?

Esta salida—que no la esperaba—me
desconcertó.

—Yo! exclamé mirándola atónita.

—Sí, vos.

Era imposible eludir la pregunta, sopena
de declararme culpable sin serlo.

—Ninguno que pueda seros desfavorable
—la contesté con serenidad.

—Me habeis juzgado como todos ¿no es
verdad?

—¡Cómo todos!

¿Qué queria significar con aquellos todos
á que hacía referencia?

¿Qué misterio envolvía su vida?

¿Quién era aquella mujer?

Yo me perdía en un cúmulo de ideas.

—Ignoro del modo que otros os han
juzgado—la dije—pero ciertamente que na-
die se habrá atrevido á formular una opi-
nion que no sea honorable para vos.

—Lo creéis?

—Indudablemente; ¿y quién que os haya
visto una sola vez se atreverá á pensar mal
de un ángel?

—Que lisonja! Yo un ángel?

—Para mí, sí.

—Sin embargo, las apariencias engañan,
por eso nunca se debe fiar en ellas porque
son las mas falibles.

—Luego, segun vuestra propia confesion,
vos vivís rodeada de apariencias?

—Qué no lo habeis echado de ver? Yo
no soy una salvaje.

—Bien lo veo y no os he hecho la ofensa
de suponerlo, no obstante el misterio en que
vivís.

—Pero en fin ¿qué creéis que soy?

—Un ser estraño.

—Un ser estraño!—exclamó soltando una
carcajada nerviosa.

—Habitais en un desierto, vuestro padre
es.

—Un salvaje! porqué no terminais la frase?

—No me atrevia.

—Porqué?

—Temia heriros.

—A mí? Bah! . . . y se echó á reir de
nuevo.

Por un momento creí que tenia delante
de mí á una idiota, y pensé en lo que me
habia dicho Raul.

—Tal vez os parezca extravagante, ridí-
cula—continuó mudando de tono—pero no
soy ni una cosa ni otra.

He sufrido mucho, el mundo ha sido muy
pérfido conmigo, por eso he huido de él y
vivo en este desierto.

—Y sois feliz?

—Feliz! Y qué? Creéis que existe la
felicidad en la tierra?

—Sí.

—Mentira! En el mundo no hay mas
que dolor y lágrimas.

—Oh! Nó; hay tambien alegrías y seres
dichosos. La juventud es la esperanza con
todos sus encantos y tornasolados horizontes.
En el miraje sonriente del cielo de nuestras
ilusiones, brilla siempre esplendorosa la luz
de la esperanza! Acordaos de lo que dice
Fernan Caballero: donde hay virtud, hay
buena conciencia, donde hay buena con-
ciencia, hay contento.

Yo parodiando el pensamiento de la ilus-
tre escritora os diré: donde hay amor, hay
felicidad, donde hay infortunio, hay fé.
Aquellos que viven dudando de todo, que
en nada creen, son anomalías, escepciones.
*La vie es un mystère triste dont la foi seule a
trouvé le secret.*

—Teoria de moralista que á nada con-
duce.

—Pensamiento filosófico de un hombre
eminente que pasó su vida en las soledades
del claustro, meditando sobre las miserias
del mundo.

—Ah! Luego reconoceis que. . . .

—Mis convicciones no están en pugna
con la razon—la interrumpí—si el mundo
fuera perfecto, dejaria de ser mundo, para
convertirse en una mansion de ángeles y
santos.

Aquí llegábamos de nuestra conversa-
cion, cuando el salvaje que sin duda estaba
inquieto por la ausencia de la jóven, se
presentó ante nosotros.

MATILDE ELENA WILI

(Continuará).

NOCTURNO

Bajo la sombra inmensa
De tus oscuras álas,
Cómo latir se siente
La atmósfera del alma,
¡Oh, noche entristecida!
¡Oh, noche solitaria!

El rayo de la estrella,
La brisa, que nos habla
Con esa voz doliente
De la última esperanza,
La queja de los viejos,
La inmensidad callada;

El beso de las hojas
Erguidas en la rama,
La nota, íntima nota,
Que sollozando pasa:—
Tú, sola reproduces,
Tú, solamente guardas!

¡Ah! si esas dulces notas,
Del cielo despeñadas,
Tuvieran otro asilo,
Tuvieran otra patria,
Como á ellas, te diria:
¡Oh noche, eres mi hermana!

Porque, cual tú, quisiera
Eternizar el arpa
Esa congoja eterna,
De la ilusion cansada:
¡Oh, noche entristecida!
¡Oh, noche solitaria!

LEOPOLDO DIAZ.

PLUMADAS

Tiene razon mi honorable vecina misia Policarpa Cabo de Vela, al decir que no se debe de prometer nada en este pícaro mundo, porque muchas veces no se puede cumplir aunque se desee, por causas ajenas á la voluntad.

Yo habia prometido á Vds., señoritas lectoras de *El Album del Hogar*, una estensa crónica y lo que es la suerte mia! el diablo me puso ese dia la *peluca* y ni una idea se escapó de mi desventurado caletre.

De valde torturé mi inteligencia, nada, era lo mismo que majar en hierro frio.

Ahí tienen explicado por que no tracé unos menguados renglones en el número anterior.

Hoy, despojada de tan incómodo adorno, voy á tener el placer de charlar con Vds., aunque dudo que mi parla sea de vuestro agrado.

A falta de *esprit* sobra voluntad y . . . váyase lo uno por lo otro, dicho sea con el desparpajo que me caracteriza!

**

El Domingo me dí un corte especial con mi íntima de correrias.

Estela estaba ese dia insufrible.

Ya se vé! como que habiamos tropezado dos veces con *tintero de bolsillo!* mote perfectamente aplicado por ella, á una *Fulana* que yo me sé.

En nombre de la elegancia y del buen gusto en el vestir, le pido á *tintero de bolsillo* que no se ponga el sombrero que usa, porque le queda muy mal. Esta es la primera amonestacion.

**

—Mira Luciérnaga, mira quien está en el balcon—me dijo mi colega apretándome el brazo.

Alcé la vista y me encontré con la espiritual morocha Rebeca Otamendi que nos saludó con su mas amable sonrisa.

—Luisito ha alquilado el poste de la esquinilla—le dije riendo á mi íntima.

—A propósito, díle á ese *nene* que no coma tantas pastillas de menta por que se le van á indigestar!

—Aquí viene *Elisa* Arrieta y su inseparable amiga la señorita de Herrera.

—Adios *Elisa*, cuando veas á B . . . dale mil recuerdos de mi parte.

—Apresura el paso, que las de S . . . están detrás de las persianas, y si nos ven, preparan sus tijeras.

—Mejor, la crítica de ellas se me dá un bledo.

—La calle de Uruguay está hoy triste, porque no están en la puerta las bellas señoritas de Videla.

—Ya lo sabes Laurita, y tú romántica Maria, hay alguien que desea contemplaros aunque sea de léjos.

He sentido un verdadero placer al leer los *Datos biográficos* que R. D. publicó en el último número de *El Album* sobre la señorita Celestina Funes.

Al fin se ha tributado un homenaje de admiracion sincera, á una mujer de verdadero talento.

Reciba la poetisa rosarina mi mas entusiasta aplauso por lo q' se ha dicho de su despejada inteligencia.

**

Mi amiga la señorita R. T. y Q. me pide le diga á Rebeca Otamendi que no olvida lo prometido y que puede mandar cuando guste por lo que ella sabe.

**

No hay espacio para mas y es preciso poner punto final.

Señor Director, señoritas, hasta la vista se despide

LUCIÉRNAGA.

LOS EFECTOS DEL RAYO

(Continuacion)

Dotado el rayo de tan enérgica potencia mecánica, es capaz de producir reacciones químicas; ejerce una accion violenta en los cuerpos que halla á su paso, y los descompone ó los cambia entre sí.

El relámpago, que brota en la atmósfera, reúne el nitrógeno y el oxígeno del aire para formar ácido nítrico. Esta circunstancia explica la presencia de dicho ácido en el agua de lluvia. Atribúyese la formacion del salitre natural ó nitrato de potasa á la presencia del ácido nítrico que existe en el aire; y en efecto, M. Boussingault ha comprobado en América que el salitre se forma allí con tanta mayor abundancia cuanto mas frecuentes son las tormentas. Así pues, el rayo debe ser la causa de la produccion del salitre que el hombre emplea en la fabricacion de la pólvora, ese otro rayo de que tan terrible uso hace.

Sin detenernos á hablar de los efectos magnéticos del rayo, que ocasionan perturbaciones en la aguja de la brújula, ó que comunican la propiedad del iman á masas de acero, pasaremos á ocuparnos de una de sus acciones mas temibles, explicando con

mayores detalles los efectos que ejerce en el hombre y en los animales.

Los seres alcanzados por el rayo, caen al suelo heridos ó muertos. Unas veces el cadáver queda intacto, sin que se conozca por ninguna señal exterior el paso del terrible meteoro; pero con más frecuencia se advierten en diferentes partes del cuerpo largos surcos en los cuales aparece la piel arrancada, llagas de las que mana sangre, quemaduras y perforaciones. Los efectos producidos interiormente son por lo comun la congestion cerebral y la extravasacion de la sangre.

Las personas que sufren una descarga eléctrica caen derribadas con violencia, sin oír el ruido del trueno, ni percibir siquiera el fulgor de la chispa, segun lo han atestiguado las que han tenido la suerte de volver á la vida. Cuando se lanza el rayo en medio de una considerable agrupacion de personas, hierde con preferencia á ciertos individuos, lo que tal vez depende de su organizacion. Hay otros cuya epidermis es bastante gruesa para interceptar la descarga de una botella de Leyde, lo cual podria preservarlos del fuego del cielo, poco mas ó menos como lo han hecho á menudo los vestidos de seda ó de cautchuc.

El fluido eléctrico se introduce con frecuencia entre la ropa y la superficie del cuerpo; sigue sin duda la capa de aire humedecida y hecha buena conductora por la transpiracion, quena interiormente esas ropas sin deteriorarlas en el exterior, y se ensaña sobre todo en los metales. No es cuento ni fábula lo que se dice acerca de relojes fundidos en el bolsillo, ó de clavos de zapatos arrancados; pues á menudo se han dado estos casos.

Hanse citado ejemplos curiosos en que el rayo ha caido en forma de globo de fuego, fenómeno que fué observado impunemente por unos labriegos, el 10 de Setiembre de 1845, en una granja de la aldea de Salagnac (Creuse). Un globo de fuego rodó por el suelo ante aquellas gentes, que se pusieron precipitadamente en cobro, y fué á matar un cerdo en un establo próximo, habiendo antes atravesado un pajar sin incendiarlo.

El rayo es á veces inofensivo y otras hasta benéfico. En 1762, el pastor evangélico Winter, que estaba paralizado hacia un año en Kent, recibió una violenta conmocion causada por un rayo que atravesó la habitacion en que se hallaba, y quedó radicalmente curado. En 1819, un vecino de Niort que padecía un reumatismo agudo hacia muchos años, observó que habia desa-

parecido su dolencia como por encanto, despues de haber sido derribado por un rayo.

Cítanse asimismo otros efectos notables del fuego del cielo, que es capaz de producir imágenes foto-eléctricas, desempeñando así el oficio de un fotógrafo de nuevo género.

GASTON TISSANDIER.

(Concluirá.)

MISCELANEA

¿Qué significa eso? ¿Es una advertencia del Empíreo?

Un aerolito ha caído en el Vaticano.

Una violenta detonacion puso en conmocion al soberbio palacio.

L'Italia de Roma, cuenta que Leon XIII quiso consultar á un astrónomo é hizo llamar al padre Ferrari, colaborador y amigo de Secchi, y le pidió algunas indicaciones sobre los aerolitos en general, invitándole á visitar los jardines del Vaticano con el objeto de hallar los rastros del que cayó.

El padre Ferrari se entregó á activas pesquisas, pero no dió con el aerolito.

Seria de interés averiguar si no acompañaba á ese aerolito alguna carta misteriosa escrita por Dios y dirigida al Papa.

Un sacerdote suizo, celoso de los mahometanos que han contado las palabras 76,639, y las letras 323,015 contenidas en el *Koran*, ha pasado tres años, trabajando ocho horas por día, para hacer la cuenta de los versículos, palabras y letras que encierra el antiguo testamento.

Segun su cálculo la Biblia contiene 31,163 versículos, 773662 palabras y 3.568480 letras.

¿Quién rectifica estos datos?

Refiere el *Times*, de New-York, que se ha ideado un baston que está dispuesto de manera que en un extremo se produce luz eléctrica, de intensidad suficiente para alumbrar el paso al viajero, y en el otro extremo lleva un acumulador eléctrico, con energía suficiente para poder servir de defensa al que tiene el baston.

De estudios recientemente hechos se deduce que el sol no se encuentra á 96.000,000 de millas de la Tierra, como se creía, sino á 93.100,000. Dicese tambien que la temperatura no está representada por 3,632 grados

Fahrenheit, sino por 18,000. Se ha descubierto que en la atmósfera del Sol hay oxígeno. Antes no se sabía si allí podia encontrarse elemento alguno que no fuera metálico.

Hé aquí una noticia que no carece de interés:

Por el estudio del Dr. Tarnassi, hoy á cargo del Dr. Gomez, se ha iniciado ante el Juzgado de 1ra. Instancia en lo Civil del Dr. Basualdo, el cumplimiento de una sentencia definitiva de los Tribunales de Turin que condena á Fabian Gomez Anchorena, conde del Castaño, al pago de 900,000 francos por indemnizaciou de daños y perjuicios causados á Josefina Gavotti, residente en Milan.

Como el Sr. Conde del Castaño no tiene bienes raíces en Italia, su ex-esposa le ha denunciado varias propiedades ubicadas en Buenos Aires.

El apoderado en ésta de la Gavotti es D. Manuel Fernandez.

CRÓNICA DE LA SEMANA

En otro lugar encontrarán nuestros lectores una composicion poética titulada *Himno al Trabajo*, de nuestra distinguida colaboradora Josefina Pelliza de Sagasta.

El señor Madero, director de la Escuela de Artes y Oficios, de San Martin, encargó dicho trabajo á la inteligente escritora ya nombrada, con el objeto de hacerlo cantar por los alumnos de aquel establecimiento, acompañado de música que al presente se ensaya bajo la direccion de uno de los profesores de la Escuela.

El *Himno al Trabajo* ha valido á su autor un verdadero triunfo.

En breve aparecerá un volumen de poesias del tan modesto como inteligente jóven Enrique E. Rivarola. No dudamos que estas poesias serán esperadas con anhelo por los amantes de la buena literatura, dada la fama de que goza su autor.

Háse iniciado en Madrid una suscripcion popular con el objeto de dotar á la España de una escuadra digna de la primer potencia marítima. Es grande el entusiasmo que la idea ha despertado en la prensa matritense y en el pueblo español, que creen llegada la hora de que España ocupe el

puesto que le corresponde en el concierto europeo, como potencia de primer órden.

Entre los españoles residentes entre nosotros se ha iniciado tambien una suscripcion con el mismo objeto, la que ha sido encabezada por el Sr. D. Cayetano Perez, con la suma de cinco mil pesos, como lo hace saber nuestro distinguido colega *El Correo Español*.

Enviamos nuestras felicitaciones á los españoles residentes entre nosotros, siempre prontos á los llamados del patriotismo, por los esfuerzos que hacen en pró de tan noble y generosa idea.

Por falta de espacio no empezamos á publicar en este número un trabajo de Farias, en verso, titulado *El retrato de Julia*.

Lo haremos en el próximo, y así que esté terminada dicha publicacion, continuaremos dando las cartas de la persona á quien, hasta el momento que consideremos oportuno revelar su verdadero nombre, seguiremos llamando *Julia*.

Ha aparecido un nuevo volumen de poesias de Martin Garcia Méron. Lo constituyen las composiciones producidas por el aplaudido poeta, durante su ausencia de la patria.

Sara Bernhardt, la eminente artista que hoy llena el mundo con su nombre, hará un viaje á la América del Sud.

La primera ciudad sud-americana que tendrá el honor de recibirla será Buenos Aires.

Sabemos que varios amantes del arte y admiradores del génio de la artista, la esperarán en el punto de desembarco, y la acompañarán hasta su alojamiento, con bandas de música, y en medio de las mas elocuentes manifestaciones de simpatía.

Hé aquí los materiales que contiene este número:

Literatura americana: Poesías de D. José Joaquín Palma, por Ramon Rosa—Himno al trabajo, poesia, por Josefina P. de Sagasta—Historia de una calaverita, por Raimunda Torres y Quiroga—El frac, por Miguel Moya—Elfrida, por Matilde Elena Wili—Nocturno, poesia, por Leopoldo Diaz—Plumadas, por Luciérnaga—Los efectos del rayo, por Gaston Tissandier—Miscelánea—Crónica de la semana.

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: URUGUAY 508

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, SETIEMBRE 10 DE 1882

DELFINA VEDIA DE MITRE

El corazón de la sociedad argentina ha sido desgarrado con la cruel noticia.

Uno de sus seres mas nobles y queridos ha pagado su tributo á la parca inexorable.

Después de una penosa enfermedad, la digna matrona entregó su bella alma al Ser Supremo en la madrugada del miércoles.

Con justa razón el duelo ha sido general.

Es la palma de los justos y el premio que alcanza la virtud sobre la tierra. Jamás Buenos Aires ha presenciado un acompañamiento fúnebre mas numeroso.

Las altas virtudes que atesoraba el alma de la ilustre muerta, mantendrán siempre vivo en nuestra sociedad el recuerdo de sus acciones y de su persona.

Su tumba será la página mas elocuente de ejemplo y moral cristiana, porque la señora de Mitre en el peregrinaje de la vida honró con sus virtudes la naturaleza humana.

Era un espíritu superior: su alma parecia templada en acero para resistir los sufrimientos, su instruccion era vasta y clarísimo su talento; madre como pocas, modelo de esposa y en todos los momentos ángel abnegado de su hogar. Su noble corazón siempre abierto á las espansiones del bien, la llevaba á formar parte en las sociedades de caridad, á sacrificarse por los suyos y por los estraños.

EL ALBUM DEL HOGAR acompaña á la distinguida familia de Mitre en este rudo y doloroso golpe, y se inclina respetuoso ante la tumba recién abierta.

Los restos de la ilustre muerta han caido en ella, pero su memoria querida no encontrará allí su última morada: el corazón de la sociedad la guardará como un testimonio de su propio honor.

A DELFINA V. DE MITRE

No solo fuiste madre cariñosa
Para los seres que nutrió tu seno:
En cada desgraciado viste un hijo
Que hoy te recuerda desolado y huérfano!
G. MENDEZ.

HISTORIA DE UNA CALAVERA

(Continuacion)

Jamás habia empleado tanto tiempo en mi *toilette* como en aquella noche.

Cuando concluí de acicalarme, Daniel me dió un golpecito en el hombro y me dijo:

—Chico, tienes aire de conquistador, y Dios me perdone si Elisa no se muere de placer lo que te vea tan buen mozo.

—Eres un loco, Daniel,—le contesté— ¿quién sabe si ella no se desencanta lo que me trate.

—Imposible, ¿te juro mas de lo que puedes imaginarte.

—Y como lo sabes?

—Soy su íntimo amigo y no tiene secretos para mí.

—Pero tú nunca me habias dicho que la conocías.

—Porque me lo habia prohibido.

—Ella?

—Sí, y sus razones tenia para ello.

—Así lo creo, pero lo que no me esplico es el misterio que hay en todo esto.

—Lo mismo he pensado cuando la he oido hablar de tí con tanto cariño. . . . pero olvidamos las horas y el baile debe haber empezado.

—Vamos, pues.

Diez minutos despues, nos dirijiamos al teatro.

El baile estaba en todo su apogeo.

Qué algazara, qué alegría la de las masceritas!

Yo estaba verdaderamente aturdido.

—Esto está espléndido, me dijo Daniel,

ya verás como nos divertimos en grande. Allí veo á una aldeana que me hace señas.

—Será Elisa?—pregunté anhelante.

—Nó, es una conocida mia, te dejo por un momento. Elisa no puede tardar en venir, son las doce. . . . pero héla aquí, yo me eclipso; y se fué haciendo cabriolas.

Un elegante dominó de raso azul y otro de *moirée* negro, se acercaron á donde yo estaba.

Yo adiviné á Elisa en el dominó azul, y saludándola cortesmente le ofrecí el brazo.

El dominó negro se perdió entre la multitud.

Ni Elisa ni yo habíamos proferido palabra.

Yo la miraba de una manera infinita, apasionada.

Al través del antifaz que cubria su rostro, yo veia brillar dos ojos negros, rasgados, lucentes, que se fijaban en los míos con ternura.

Yo no sabia donde estaba. Elisa me habia hecho olvidar todo. Las máscaras, el bullicio, las luces, Daniel. . . .

—Oscar, quieres que bailemos?—me dijo con una voz que mas bien parecia una música celestial.

—Sabes mi nombre, máscara encantadora? exclamé oprimiéndola el brazo.

—Y tú, te has olvidado como me llamo yo?

—Olvidarme! tu nombre es una armonía, Elisa, que arrulla mi corazón desde que lo oí.

—Y siempre será así?

—Siempre, lo juro por la memoria de mi madre.

—Si algun dia olvidas tus palabras, te las recordaré

—No llegará ese dia, porque jamás se borrará de mi pensamiento tu recuerdo.

Elisa me estrechó la mano con cariño.

—Bailemos—me dijo—necesito aturdirme, olvidar. . . .

—E! qué?

—Recuerdos importunos.

—Piensas acaso en algun amor, Elisa?

—Solo pienso en tí

Si hubiera estado solo con ella, hubiera caído de rodillas á sus piés.

Dios mío! el recuerdo de aquella noche, hace hervir la sangre en mis venas. Qué amor! qué transportes! qué frases apasionadas y qué miradas que llegaban al alma!

—Elisa, continuó el Doctor juntando las manos, como si rogára, no es verdad, que nuestro amor era un delirio? Que no era de este mundo?

Y en los ojos del Doctor Rawlend asomó una lágrima.

Enrique y yo estábamos absortos.

Durante un momento, el Doctor inclinó la frente sobre el pecho, luego comenzó su relato así:

—Sí, la dije, bailemos, y estreché su cintura.

Y empezaron las vueltas rápidas, vertiginosas, casi fantásticas.

Cuando terminó el vals, yo estaba loco de amor.

El dominó negro que no nos había perdido de vista, se acercó á Elisa y la habló al oído.

Esta se volvió hácia mí y me dijo:

—Nos vamos á retirar.

—Me permitireis que os acompañe?

—No podemos aceptar vuestro amable ofrecimiento. Solas hemos venido y solas nos iremos—contestó el dominó negro.

Yo miré á Elisa suplicante.

—Pronto nos veremos, Oscar—me dijo rápidamente.

—Pero cuando?

—No lo sé. Daniel te avisará.

—Dios mío! y tendré que esperar? Yo moriré de ansiedad.

—No aguardarás mucho, te lo juro.

—Antes de separarnos, déjame ver tu rostro que debe ser divino.

Quiero llevar gravada tu imagen en mi corazón, que te adora sin conocerte.

—Aquí en este salón! imposible.

—Nadie lo verá, mas que yo.

—No nó.

—Vamos Elisa, la dijo el dominó negro. Elisa me tendió la mano que oprimi contra mis ojos.

Una oleada de máscaras nos separó.

Busqué inutilmente á los dos dominós. Se habían ido

Que me importaba el baile, si ella, no estaba allí?

En el vestíbulo encontré á Daniel.

—Y bien: me dijo sonriendo.

—Estoy enamorado como un insensato. Elisa es una mujer encantadora.

—Se quitó la careta?

No, pero yo la adivino.

Y cuando irás á visitarla?

—Cuando ella quiera.

—Te felicito pues, por tu conquista.

Cuantas miradas habreis cambiado!

—Que ojos, Daniel, que ojos!

—Queman el alma, lo sé—exclamó mi amigo lanzando un suspiro.

—Qué! tú tambien estás enamorado de Elisa?

—Los estuve en un tiempo.

—Y te correspondió?

—Nó, tú eras ya su ídolo y no era posible arrojarte del santuario de su alma.

—Oh! mi amada!

—Caeo que tú y ella, os volvereis locos.

Lo que puedo asegurarte es, que jamás amaré á otra mujer. Elisa es mi vida.

RAIMUNDA TORRES Y QUIROGA.

(Continuará)

HISTORIA ÍNTIMA

Dicha tranquila, dulce, pura, cierta, diste á la sed que el corazón sentía: si al beso de la luz despierta el día, el alma al beso del amor despierta.

Yo lo sentí latiendo con violencia, primero tempestad, éxtasis luego; toqué las playas de un Jordan de fuego, y reanimé en sus ondas mi existencia.

Allí encontré de tu pasión las flores, al calor de tus sueños encendidas, como grupo de tórtolas dormidas, soñando arrullos, respirando amores.

Las desperté, y al aspirar su aroma, mi joven corazón ardió en deseos, y ensayó sus primeros aleteos con sed de espacio y alas de paloma.

Hoy, cruzamos los dos un mismo cielo,— quizás la misma tempestad mañana,— y el alma mía, de la tuya hermana, siempre, cual hoy, la seguirá en su vuelo.

E. E. RIVAROLA.

LITERATURA AMERICANA

POESÍAS DE D. JOSÉ JOAQUÍN PALMA

(Conclusion)

Aunque la poesía es para Palma una vocación de su vida, no es, empero, el cultivo

de la gaja ciencia un ejercicio constante de su actividad. Palma escribe poco, muy poco, y solo cuando la amistad le pide sus versos con instancia, ó cuando la voz interior de la inspiración embarga toda su alma, y se vé obligado á darle salida, para su propio desahogo, y para su comun solaz de sus amigos. Verdad es que aquí Palma casi no tiene estímulos. ¿Qué grandes estímulos, qué digno galardón tienen entre nosotros las bellas letras? Mas abrigo la grata esperanza de que, siquiera sea por apego á su buen nombre, ya esclarecido por la fama, Palma dejará su especie de *indolencia criolla*, y aprovechará las vigorosas facultades que, á maravilla, le prodigan su juventud y su génio, para emprender obras de largo aliento, y servir, por medio del arte, á los intereses de nuestra América, y coadyuvar al desarrollo y vulgarización de las altas y civilizadoras ideas de los hombres pensadores de nuestro siglo.

Hermoso y dilatadísimo campo ofrece al génio de Palma esta tierra de Colon que tiene todavía la novedad de un hallazgo, y el valor de un casi fabuloso y aún no apreciado tesoro. La poesía, que es la de las artes la que alcanza mas extensa y simpática publicidad, debe decir á la caduca Europa, debe decir al universo entero, lo que vale el hallazgo, lo que importa el tesoro de un Mundo Nuevo; debe cantar su exuberante, maravillosa naturaleza, de elementos y recursos inagotables para la industria, para el comercio, para la ciencia, para las bellas letras, para todas las múltiples actividades cuyo desarrollo y armonioso concierto encarnan el verbo de la civilización; debe cantar, y en himnos inmortales, la florecencia de humanitarias ideas y progresivas instituciones que, en este afortunado Continente, promete á los pueblos todos de la tierra ópimos é inacabables frutos de libertad y de gloriosa rehabilitación. Sí: grande es la América, y sublimes sus consoladoras promesas. La Europa, tan culta, tan experimentada, tan docta, cuenta con el pasado, con una célebre Historia; pero, dígame lo que se quiera, el porvenir de Europa es la catástrofe. Y América, tan joven, tan prodigiosamente rica, tan inexplorada, tan poética, tan amante de la libertad, y tan exenta de vaporosos problemas sociales, dígame lo que se quiera, su porvenir tiene que ser una redención para todas las razas que habiten su privilegiado suelo, redención por el trabajo que da vida al cuerpo, y por el derecho que da vida feliz al inmortal espíritu.

El arte tiene además un destino, si no mas elevado, mas santo. Como pensador, debes comprender, dulce Palma, la santidad de ese destino excelso. En América, en donde la instruccion popular se difunde con la celeridad de la luz, y en donde no existen, como en Europa, muy arraigados y tradicionales intereses religiosos, que dan poder y privilegios á numerosas clases sociales, en nuestra América, en donde la libertad de conciencia es ya una conquista definitiva; todas, todas las religiones positivas tienen que desaparecer, en no remoto dia, con sus artificios y contradictorios dogmas, con sus litúrgicos aparatos teatrales, con sus sangrientas historias, con sus egoistas y mal disfrazados intereses mundanos, con sus hipócritas entidades, con sus privilegiadas y ensoberbecidas castas, con sus execrables tiranías, que diz que pesan hasta sobre la yerta criatura que solo conoció el claustro materno, que atormentan al hombre en todo el curso de la vida, y que lo siguen ¡ay! y martirizan aún mas allá de los lindes del sepulcro. Y bien. Cuando las religiones positivas desaparezcan, en cumplimiento del fallo definitivo é inapelable de la razon y de la ciencia, ¿qué quedará entonces? Quedará para los pueblos ya ilustrados lo que ya tienen los hombres de honrado corazon, de propias y elevadas ideas, de rectitud moral, y de palabra franca. Quedará la purísima religion del deber, inteligible, humana, buena, tolerante, con la voz severa de la conciencia por guia, y por Dios, con el ideal invisible de la verdad, el bien y la belleza. Pero esta religion tan sencilla, inmaculada y benéfica, que realizará la verdadera fraternidad de los hombres, necesita, puesto que somos materia, de un externo oculto. ¿Quién se lo dará? Se lo dará el arte, y, en primer término, la poesia; pero no á la materialista usanza pagana, en que los símbolos de innumerables Divinidades se confundian, para el vulgo, con los imaginados Dioses, llenos de todas las pasiones y miserias de los hombres; si no, al contrario, bajo un *sentido puramente racional*, y bajo la inspiracion de la belleza, de la sentida y amada belleza que, al decir de Platon, es el celeste resplandor de la verdad. Poseido de tales ideas, yo me he sentido humillado, malo y colérico, leyendo el Syllabus; pero he pensado en Dios, he enaltecido mi espíritu, y he reconocido ser bueno, leyendo al Petrarca, á Lamartine, á Gæthe, á Castelar y á Victor Hugo. No hay que dudarlo. En lo porvenir las agapas de los primitivos cristianos,

mucho mejores que los modernos católicos, serán sustituidas con la divina comunión del arte, que los hombres buscarán solícitos, como medio de darse un ósculo de paz, en fé de su igualdad y de su fraternidad consagradas por el eterno Evangelio de la razon y la justicia. ¡Qué sublime religion, y qué bello culto! Sí: amar lo bello es orar; y esta oracion ferviente y purísima ha de aceptarla, rebosando de amor y de ternura, la Fuerza oculta, el Arquetipo indefinible de la verdad y del bien.

Qué fecundas y grandiosas inspiraciones tienes para tu númen, sensible Palma! las maravillas y el futuro de América, y el culto de la religion del porvenir. Eres joven, y tienes atrevida fantasia, y tienes palabra brillante y seductora. Mi amistad te dice que, en vigorosos y sentidos cantos, lleves por doquiera los resplandores y los ecos de América, que son los resplandores y los ecos de un gran porvenir que se acerca. Mi amistad te dice que hagas de tu divina poesia un sacerdocio, y prepares, por el arte, el culto noble y bello de la consoladora religion del porvenir. No pares mientes en las alturas á donde debes remontar tu vuelo. Canta, canta, ruiseñor del trópico encendido! Y si cumples tu mision eleyadísima, y tengo vida, y llego á viejo para ver y ensalzar el éxito de tus triunfos, ¡ay! no olvides, buen amigo, que doquiera me arroje la ola del destino, allí tendrás mis votos y mi sincera admiracion; y que, hasta cuando suene mi última hora, cuando esté casi cegado mi oído por la mano helada de la muerte, todavia entonces, percibiré, como postrer consuelo, dulcísimos acordes: serán los ecos de tus cantares, las vibraciones de tu lira de oro.

RAMON ROSA.

EL COCHE DE TRAMWAY

La concurrencia sale del Teatro.

Una ola inmensa se desborda sobre las aceras; los dandys forman cercos paralelos para presenciar el desfile.

Los carruajes se ponen en movimiento; van, vienen, se cruzan; la calle, desierta diez minutos antes, se transforma por completo.

El cochero del tramway, dormido dentro el coche perfectamente cerrado, metido hasta las orejas en su capote de invierno; despierta al bullicio de la concurrencia, se

frota los ojos con un guante de lana verde con fleco, hace correr la puerta delantera, empuña las riendas, y soplando en la corneta con bríos que se reserva para el futuro el Anjel del juicio, anuncia la próxima partida.

Los pasajeros van llegando en grupos, disertando sobre crítica musical, haciendo paralelos entre los artistas, silbando ó tarareando los trozos favoritos.

Unos cantan:

Adiò, deeel pasaaato

Otro:

Gran dio mo-ri-r-si-gio-va ne

Yo-que-pe-na-to-tan-to

Cada uno saborea el mejor bocado, lo mastica, lo destroza, hasta darle una forma grosera, que conserva el parecido del original como el mono se parece al hombre.

Se detienen, leen los itinerarios de los tramways, miran aquí, miran allí, bostezan unos, rien otros; los mozalvetes caminan de un lado á otro, buscando el coche en que va la *chica*,—aunque despues de una travesía de veinte cuadras, les deje con un palmo de narices, en medio de una calle solitaria y desconocida, alumbrada á kerosene, entre unos barriales en que las piernas se sumerjen hasta las rodillas, único resultado de un amor platónico que al dia siguiente se cuenta como conquista.

La mamá encuentra por fin el coche que busca.

—Aquí está! Maria, Isidorita, vengan niñas! ¿Dónde está Luis? Ven hijo!

Maria, Isidorita y Luis, saltan á la plataforma, y riendo con el timbre de voz de un minerito cuando le pisan la cola, coquetean, elijen un asiento, despues otro, se encojen de frio y disciñen sobre modas.

Tras ellas se enela un compatriota de Verdi, haciendo crujir el coche bajo sus pisadas, arroja por la ventana un pucho de cigarro de la paja junto con la última bocanada de humo, y se acomoda pacíficamente en un riucon para dejarse conducir como un fardo.

Tras este entra otro, despues una niña que viaja sola, en seguida un Narciso que viaja acompañado, una señora con un niño, un papá con su hijo; se multiplican en todos sexos, edades y cluses; realizan, en un recinto estrecho y disputándose el asiento, la verdadera democracia; un solo núcleo formado de partes las mas variadas.

El mayoral es el tipo acabado de la urbanidad aprendida de memoria, la galanteria personificada vistiendo saco corto, cartera á la izquierda y gorro con visera. Ofrece

la mano á las señoras de edad, á las *mamás*, por aquello de que por el tronco se sube á las ramas; hace poner de pié á los hombres para dar asiento á las niñas; alza á los niños de las señoras buenas mozas para subirlos al coche; organiza aquella mezcla de todas las clases sociales, desde la vasca de pañuelo á cuadros en la cabeza, que sube con una canasta de huevos, hasta la *high-life* sin carruaje particular.

Ah! si el pobre cochero pudiese participar de estos goces! A veces, al través de los cristales deja atravesar una mirada codiciosa, que va á quebrarse, como un rayo de luz de candil, sobre el rostro blanco y rosado de una pasajera.

Pero él tiene el privilegio sobre las aceras, que falta al mayoral metido en el coche.

Divisa de lejos las bellas formas, apresura el trote de los caballos, les acerca el cuerpo al pasar junto á ellas, y les suelta un pipero milonguero.

Tin! Tin! Tin! Tin! . . .

El tramway vuela ya sobre el rail.

Al subir á él ¿cosa particular!—todos los niños son menores de tres años.

Las *mamás* les quitan la edad, no ya para aparecer más jóvenes, sino también para viajar barato.

Luisito encoje los hombros, advertido por un fuerte pellizco que le hace ahogar un grito y torcer las ojos; y al cortar el mayoral el boleto, la *mamá* le interrumpe:

—Si no tiene más que dos años y medio! . . .

Aquí, para la Empresa y entre nosotros, le aconsejaría que quitase los avisos de este género:

«LOS NIÑOS MAYORES DE 3 AÑOS PAGARAN PASAJE ENTERO.»

Este es un aviso que previene; y, si hombre prevenido nunca fué vencido ¿qué podremos decir de mujer prevenida?

Sin el aviso, podría el mayoral hacer de sopetón la pregunta acerca de la edad y . . . pero . . . sería inútil . . . ¿cuándo falta á una mujer el aplomo suficiente para echar una mentrilla? . . .

Una catástrofe! . . . ¡Un descarrilamiento! . . .

Adios, diablo! Un descarrilamiento es cosa seria, tanto más cuando se viaja con señoras. Todos los pasajeros, sujetos á una danza diabólica y forzosa, saltan para arriba y para abajo, para adelante, para atrás, para los costados, en todo sentido, siguiendo los caprichos del movimiento que el empe-

drado imprime al vehículo. Se baila al compás de una música clásica alemana.

Tin! Tin!

Una señora que baja.

Tin!

Una señora que sube.

Los hombres trepan y se descuelgan; los muchachos se golpean, porque aprender á subir y bajar de un tramway que anda es como aprender á montar á caballo.

Ni un pasajero ya.

El látigo resuena sobre los costados y el lomo de los caballos hambrientos, como si golpease sobre una caja vacía, (que en tal estado han de tener las tripas esos infelices); el mayoral, ya sosegado, enciende un cigarro y se sienta, y mayoral y cochero llevan el estómago que les canta otra opereta, que nada tiene de bufa, soñando con la mesa puesta que les espera después de doce horas de servicio y otras tantas de ayuno, que todo va parejo en esta vida.

MARCOS DE OBREGON.

EL FRIDA



Dedicado á la hermosa señorita Maria Cristina Sagasta.

(Conclusion)

—Os veo muy entretenidas—nos dijo.

—Es verdad—le contesté.

—De qué hablabais?

—De la . . . noche.

—En efecto, está magnífica.

Ella me lanzó una mirada.

La comprendí y me levanté.

—Os molesto?—me preguntó el gigante.

—No. . . . señor!

—¿Porqué os vais entonces?

—Tengo que arreglar mi equipaje.

—Eso es otra cosa.

Saludé y me dirigí á la choza.

Raul me recibió con una amable sonrisa.

—Y bien: ¿qué hay?—me preguntó.

—Estoy encantada, amigo mio, es una criatura adorable.

—Os ha referido su historia?

—Nó.

—Y de qué habeis conversado?

—De todo.

—Pero. . . .

—El *salvaje* nos interrumpió en lo más interesante de la conversacion.

Es preciso postergar el viaje.

—Eso es imposible.

—Porqué?

—Porque no hay causa poderosa que justifique á los ojos de ese hombre nuestra permanencia aquí.

—Yo encuentro una.

—Cual?

—Me fingiré enferma.

—La idea no es mala y la apruebo desde ya, pero ¿nuestros compañeros serán de la misma opinion? Steinhause protestará. . .

—Y qué importa! Moston se quedará.

El capitán que estaba entretenido en mirar unos grabados, al oír que lo nombraban dejó su asiento y se acercó.

—Me llamis?—preguntó.

—Nó—repliqué—decia á Raul si os quedarais un dia más.

—Adónde?—exclamó asustado.

—Aquí.

—Dios me libre, mañana á las primeras horas del dia. . . .

—¿Lo veis?—me dijo Raul.

—Y si yo os lo pidiera, Capitán?

—Diablo, me poneis en un aprieto.

—Os quedareis?

—Si teneis empeño. . . .

—Os lo suplico.

—Pero me direis al menos el objeto que . . .

—Después os referiré lo que ocurra.

—Muy bien, no soy curioso, vicio de que adolecen las mujeres—me contestó, y se volvió á mirar sus figuras.

—Las dificultades que suponía insalvables están felizmente allanadas; ahora solo falta que la joven os cumpla su palabra.

—La cumplirá.

—Oigo pasos, sin duda es el *salvaje* que viene.

Raul no se habia equivocado. Era él.

—Mi hija os llama—profirió dirigiéndose á mí.

—Voy al instante.

VIII

—Quiero antes que os ausenteis quizá para siempre, explicaros lo que llamis misterio—murmuró la joven oprimiéndome cariñosamente la mano.

—Es lo que deseo.

—Escuchad, pues, mi historia.

—Antes, decidme como os llamis.

—Elfrida.

—Lindo nombre.

Elfrida se recogió un momento y luego habló así:

“Nací en el condado de Heroucliff, que está en el extremo septentrional de Inglaterra.

Mi padre era un denodado militar que en-

a guerra que sostenia Eduardo III, con Felipe VI de Valois, se habia distinguido por su arrojo en la batalla de Crecy.

El fué, el que en aquella memorable jornada, derribó de un hachazo á un oficial francés que tenia suspendida la espada sobre la cabeza del conde Wawnich, y que sin su auxilio, hubiera perecido á manos del enemigo.

El fué, el que al frente de las tropas que mandaba la célebre condesa Juana de Montfort, sostuvo con heroicidad el sitio que Carlos de Blois puso á Rennes, el que pegó fuego al campamento de los nobles y entró triunfante en Hennelron.

La amputacion que sufriera en una pierna, le impidió seguir el ejército glorioso de Eduardo, que en 1355 atravesó el mar Calais y penetró en Francia devastando el Artois y demás pueblos.

Enfermo del alma, mas que del cuerpo, desengañado de la amistad de los grandes y sobre todo de la ingratitud del monarca inglés, se retiró á sus posesiones de Silvermere.

Cuando mi padre marchó á la guerra, habia dejado á mi madre en cinta. Dos meses despues de su partida, ésta daba á luz una niña.

Aquella niña era yó.

Yo vine al mundo en una noche espantosa, en que el rayo rasgaba la oscura bóveda de los cielos y el viento bramaba con una furia aterrante.

Mi madre era supersticiosa y vió en esto un mal presagio.

Esta idea la puso enferma, y quince dias despues, bajaba á la tumba,

Yo no tenia parientes, y mi madre me confió antes de morir á una amiga suya á quien amaba con la ternura de una hermana querida.

Mistress Mowbray, era una excelente mujer que adoraba en mí.

Cinco años llevaba de casada, pero no tenia familia.

En mí consagró todo su afecto.

Yo no habia conocido á la autora de mis dias, pero en ella encontré una segunda madre.

Era imposible quererme mas de lo que aquella santa mujer me amaba.

Por no molestaros, no os cuento mi infancia ni lo que obligó á mi padre á abandonar nuestro castillo.

Solo os diré que pasé ocho años en un Colegio de la ciudad de New-Hampshire, donde me eduqué perfectamente y aprendí lo que

solo se enseña en las escuelas de Norte-América.

El mismo dia que cumplia diez y siete años, mi padre recibia una invitacion para el espléndido baile que daba la embajada de Nápoles.

Aceptó: no por que le gustara esta clase de fiestas, sino por mi que era joven . . .

Mi entrada en el gran mundo causó novedad.

Sin duda alguna, el traje de crespon blanco que vestia y el tinte de rubor que coloreaba mis mejillas, me favorecian, porque todas las miradas convergian hácia mí.

El embajador me prodigó mil lisonjas y oí que decia á mi padre que era muy bella.

En aquella magnífica recepcion se encontraban las mujeres mas á la moda de la corte y los hombres mas notables de la aristocracia inglesa.

El que llamó mi atencion fué un gallardo oficial ruso que formaba parte de la marina de una fragata de guerra que hacia dos dias habia fondeado.

Se llamaba Wladimiro Pulstok.

Elfrida se interrumpió, inclinó la cabeza sobre el pecho y lanzó un doloroso suspiro.

Yo respeté su silencio.

—Habeis amado alguna vez?

—Sí.

—Pues bien, yo amé á aquel hombre.

Lo amé hasta olvidarme de mí misma, de mi padre, de mi madre adoptiva. Todo lo abandoné por él.

Habia algo de fatal en mi pasion . . .

Mi ingratitud consternó de tal modo á mi padre que cayó en un especie de insensibilidad muy parecida á la idiotez.

Yo residia en París, en ese París, foco de todas las corrupciones y locuras, de todas las grandezas y miserias.

A los diez meses de mi huida de la casa paterna, Wladimiro me dijo que un asunto de familia le obligaba á regresar á su patria, que me dejaba por poco tiempo, pues al mes estaria de vuelta.

Yo quise seguirle, pero me espuso tales razones, que no tuve mas que conformarme.

No podeis imaginaros, con la ansiedad que le esperaba!

Pasó el mes y nada. Ni una carta. Yo moria.

Sin recursos, extragera en un país que no era el mio, sin relaciones, enferma y próxima á ser madre! . . .

Oh! Vos no sabeis lo que sufrí, lo que lloré.

Vendí todo, para sufragar los gastos que mi manutencion ocasionaba. Llegó el dia

que no tuve que empeñar, y el casero me arrojó á la calle. ¿Donde ir? Cruel situacion la mia!

Una noche me encontraron acurrucada en el umbral de una puerta y temblando de frio.

No habia comido en dos dias y tenia una fiebre terrible.

Me llevaron al hospital. Allí nació mi hijo . . .

—Muerto!

—Sí, muerto, lo habeis adivinado. Convaleciente aún, me dieron de alta. Yo no podia trabajar, porque estaba muy débil y sentía hambre.

Imploré la caridad pública . . .

—Dios mio!—exclamé con los ojos humedecidos.

—Me la negaron; desesperada iba á tirarme al Sena, cuando una mano amiga me salvó.

Sabeis quién era el que me arrebatava á la muerte? Ese salvaje, en una palabra, Rurico.

—El!

—Sí, él, que tambien habia sufrido, que vivia en las selvas con las fieras, porque estas no son tan crueles como los hombres.

El me amparó, cuando el mundo me negaba un pedazo de pan. Hé aquí porqué habito en este desierto y porqué detesto á la humanidad.

—Y vuestro padre?

—Murió, lo mismo que Mistress Mowbray. Os he contado mi historia, por que me habeis inspirado una confianza y un cariño inmenso.

Por toda contestacion, la dí un beso en la frente.

Al dia siguiente de aquella noche de impercedero recuerdo, nos despedimos de Elfrida y de Rurico para siempre.

•••

Maria: si este cuentito ó como gusteis llamarle, os ha entretenido un momento, no habrá perdido tiempo, vuestra afectísima.

MATILDE ELENA WILI

LOS EFECTOS DEL RAYO

(Conclusion)

En 1865 y en el departamento del Loiret, cayó un rayo sobre dos jornaleros que se habian cobijado bajo un peral durante una tormenta. Uno de ellos, derribado por el fluido, perdió el conocimiento, y se le tras-

Jadó en tal estado á su casa: cuando le desnudaron se notó con gran sorpresa que tenia una rama del peral daguerreotipada en el pecho.

Segun cálculos estadísticos hechos con toda precision, se ha deducido que en Francia mueren anualmente por término medio setenta y tres personas víctimas del rayo.

Las probabilidades que toda persona tiene de ser fulminada son por lo que se ve harto insignificantes, para que no sea necesario creerse en peligro de muerte siempre que brota una chispa eléctrica entre dos nubes. Sin embargo, consideramos útil dar á conocer algunas de las precauciones que deben tomarse en tiempos tempestuosos.

Los antiguos apelaban á medios bastante singulares para preservarse de los efectos del rayo. Plinio asegura que en el laurel jamás cae uno de estos, así fué que con frecuencia se empleaba esta planta para rodear los templos y las casas y protegerlos en los días borrascosos. Creíase en su tiempo que el rayo no penetraba nunca mas de cinco piés en el suelo, y la historia nos cuenta que el emperador Augusto se refugiaba en el fondo de sus cuevas tan luego como oia el lejano fragor del trueno; creíase tambien que las pieles de foca eran un excelente preservativo contra el fuego del cielo, y que jamás heria el rayo á las personas que estaban acostadas.

Todavía se da crédito en los distritos rurales á este último aserto, y mas de una persona pusilánime se mete entre colchones para librarse del furor del rayo.

Cuando el relámpago ilumina el cielo entre espesos nubarrones, cuando estalla el rayo, no es prudente ponerse al abrigo de árboles aislados, si se está fuera de la poblacion, porque á menudo cae en ellos la chispa eléctrica, ni tampoco junto á los campanarios, en los que cae todavía con mas frecuencia.

Cardan refiere que mientras almorzaban ocho segadores debajo de una encina, murieron todos á la vez heridos por un rayo, cuyo estampido se oyó desde gran distancia. Cuando se acercaron los transeuntes para ver lo que habia sucedido, parecia que aquellos infelices, petrificados repentinamente por la muerte, continuaban su almuerzo con toda tranquilidad. Uno tenia un vaso en la mano, otro se llevaba el pan á la boca, un tercero metia la mano en el plato; la muerte los habia sorprendido á todos en la postura que tenian al estallar el rayo. La catástrofe fué tan rápida que el rostro no tu-

vo tiempo de adquirir una expresion dolorosa; suspendióse con tal prontitud la vida que los músculos quedaron en la misma situacion que tenian; los ojos y la boca continuaban abiertos, y si el color de la piel no hubiese variado, la ilusion habria sido completa: hubiérase creído que en aquellos eadáveres palpitaba aún la vida, causando sorpresa su incomprensible inmovilidad. La mayor parte de aquellos segadores tenian la piel ennegrecida como si los hubiera ahumado la accion de la electricidad.

Cuando estalla una tormenta, las personas reunidas en las iglesias que carecen de pararrayos corren verdadero peligro.

En 1718, durante una sola tormenta, cayeron rayos en veinticuatro iglesias que se hallaban poco distantes entre sí.

En las casas, es preciso evitar las corrientes de aire, tener las ventanas y balcones cerrados y apartarse de las masas metálicas. Se estará mas seguro en medio de una habitacion que cerca de las paredes y rincones.

En campo raso, conviene alejarse de las partes elevadas del terreno. Si se puede encontrar un árbol corpulento, y colocarse á una distancia de su tronco igual casi á su altura, se puede tener la seguridad de no ser herido por el rayo, porque éste cae casi siempre con preferencia en este árbol á causa de su altura.

Franklin indicó, como medio preservativo dentro de las casas, el tenderse en una hamaca suspendida de cordones de seda, pero habiendo descubierto poco despues el poder de las puntas, pensó en servirse de ellas para descargar las nubes tempestuosas.

Los primeros pararrayos se instalaron en la patria de aquel gran físico.

Un pararrayos consiste en una barra de hierro vertical rematada en una punta de platino, y puesta en comunicacion con el suelo por medio de un conductor metálico no interrumpido. El conductor, aislado del edificio ó monumento que protege, penetra en el fondo de un pozo, ó va á parar á un orificio subterráneo lleno de ceniza, porque la ceniza, dotada de la propiedad de electrizarse, disemina el flúido por las entrañas de la tierra.

La eficacia del pararrayos no llega sino hasta cierta distancia, y los físicos están contestes en que la barra metálica preserva solamente los puntos situados en un círculo cuyo radio es igual al doble de su altura. Es, por lo tanto, indispensable proveer á los grandes monumentos de muchos pararrayos,

colocándolos respectivamente á distancias iguales á cuatro veces su altura.

Todos los detalles relativos á la disposicion que debe darse á los pararrayos son bastante conocidos, pero como el verdadero papel de las barras metálicas, y la explicacion de su modo de accion no lo son tanto, procuraremos exponer sucintamente la teoría que explica su influencia en las nubes tempestuosas.

El pararrayos no trae el rayo, como se suele creer; cuando una nube tempestuosa cargada de electricidad pasa por encima de su barra, el fluido neutro del pararrayos se descompone por influencia; el fluido del mismo nombre que el de la nube es rechazado al suelo, y el de nombre contrario atraído, segun la ley anteriormente enunciada. Este último fluido se escapa por la punta como podria escaparse un líquido por una espita abierta, y se dirige á la nube, neutralizando la electricidad que ésta encierra.

El fluido que sale de este modo es visible de noche, y produce ese penacho luminoso que se observa á menudo durante las grandes tormentas. Seria muy peligroso acercarse entonces al hilo conductor, porque el fluido, en vez de penetrar en el suelo, podria desviarse hácia el imprudente que se aproximara demasiado y herirle de muerte.

Una porcion de observadores han demostrado la importancia de los pararrayos, los cuales, no tan solo impiden que el rayo cause estragos en los monumentos protegidos por ellos, sino que son tambien capaces de aplacar las tormentas.

Estos aparatos, debidos al genio de Franklin, hacen extensivos sus beneficios á los mares, preservando á los barcos de las frecuentes tempestades cuyos efectos tanto son de temer. Pero no todos los físicos están acordes en considerarlos así: algunos han acusado á los pararrayos de ser peligrosos.

Si bien acontece, por desgracia con sobrada frecuencia, que caiga un rayo al lado de un pararrayos, ocasionando, terribles destrozos, tampoco se puede negar que esas barras metálicas sean de admirable eficacia para combatir la electricidad del cielo: algunos percances recientes han sido causa de que se critique de nuevo á los pararrayos, cuya utilidad han puesto algunos en tela de juicio, tomando sin duda la excepcion por regla general. La barra metálica inventada por Franklin está bastante probada, se halla al abrigo de los ataques, y siempre se la considerará con justo motivo

como uno de los mayores inventos de que puedan envanecerse los tiempos modernos.

GASTON TISSANDIER.

EL AMOR NO SE PIERDE

Probado está que en la vida material nada se pierde: la gota de agua que se evapora del inmenso océano se convierte en el rocío que dá germen de vida á la flor de la planta que la recibe en su tallo; los átomos que pueblan la inmensidad de los espacios, en los mundos que habitamos, pasan á ser moléculas de los cuerpos; la lágrima solitaria que trémula se escapa por las mejillas de la virgen, no se pierde, nó; ella encierra seres perfectamente bien constituidos; hay allí infusorios perdidos en ese llanto precioso, vertido por el dolor ó la alegría.

Sí, está probado que esta nuestra vida es una lójica sucesion de otras vidas, de tal suerte que los dias se suceden en el tiempo y los hechos se suceden en la historia. No hay ni que dudarlos; si en el órden físico nada se pierde, nada debe perderse tampoco en el órden moral. La lójica demuestra bien claro esta verdad incontestable: la razon dilucida estos hechos, y los exhibe tanjibles ante la conciencia que los rechaza ó los admite.

Una obra buena vive en la memoria de todos, y la historia los pasa de generacion en generacion. Los grandes hombres se perpetúan por sus grandes acciones y se hacen inmortales. Y si este efecto resulta lógicamente de la verdad de lo dicho; si está á toda prueba demostrado que las moléculas suceden á los átomos y aquellos á los cuerpos; si, como se ha dicho, es cierto que todas las cosas de la humana creacion, están sujetas á una transformacion y renovacion eterna, no es menos cierto ni menos razonable tambien, que esos sentimientos puros de la humanidad, se elevan, en sublime éxtasis, ora en sus cánticos, ora en sus plegarias, hasta el trono del Supremo Bien.

Hay virtudes que llévan en sí la estoicidad; hay creencias que tocan las puertas del fanatismo y hay amores que, pasando los límites de la humana existencia, llegan hasta el delirio, y no se puede creer, nó, que estos atributos de la pura conciencia, se evaporen y se pierdan, como no se pierde, nó, el último suspiro que se escapa del ser humano, en ese postrer momento. . .

El amor es eterno, porque él no puede, en virtud de ser inmaterial, morir con la materia, y siendo así pasa, como un atributo inherente á el alma, en busca de su ideal, á aquel mundo de los espíritus, de lo infinito y de lo eterno. . . .

Nó; el amor real, verdadero; ese amor que pertenece al espíritu y que emana de la conciencia, no concluye en la tumba. . . . Cuando dos criaturas se aman y el fatal destino los separa de la vida, entónces el amor se interrumpe, pero jamás se concluye: continúa en una esfera mas ideal!

ISAIAS J. VILLAFANE

EL RETRATO

Si otros muchos méritos no hicieran al retrato acreedor á mi cariño, yo le saludaría como al mas liberal y progresista de todos los objetos de arte, y tendria para él un puesto distinguido entre los partidarios de las teorías desvinculadoras. Sí. El retrato que nació á la sombra del poder aristocrático para perpetuar la hermosura de alguna egregia dama, ó la avinagrada cara y bigotes inconmensurables de algun general ilustre, supo romper las cadenas de la feudalidad y del exclusivismo; entró de lleno en la revolucion; abandonó sus viejas y absurdas preocupaciones; se escapó de las manos de Van-Dick y de Velazquez; abjuró, aunque con pena, del arte, en honor á la popularidad; refugióse en el fondo de una cámara oscura para preparar su conversion; cuando la humanidad gritaba «igualdad», él supo contestar «fotografía!»; se hizo internacionalista y partidario práctico de la comunidad; se instaló en las guardillas de las mas elevadas casas, para que nadie dudara de sus democráticas intenciones; pensó que debía venderse por poco dinero para conseguir un nombre popular, y así, diciendo y haciendo, ha llegado á ser el consuelo de mas de un cabo de gastadores, que de otro modo no hubiera podido dejar á las venideras generaciones recuerdo fiel de su marcial figura; y el símbolo de la igualdad, puesto que es adorno preciso, lo mismo en el rico y lujoso álbum de la aristócrata, que sobre la modesta cómoda de la mujer del pueblo.

Feliz pues, el retrato, que ha sabido conquistarse un nombre glorioso y una popularidad extraordinaria. En todas parte se le mira con afecto, en muchas con entusias-

mo, en algunas con veneracion. Sus méritos son relevantes; sus virtudes, públicas; su importancia social aún está puesta en tela de juicio; pero es seguro que muy en breve habrá de reconocerse unánimemente. En cambio, nadie duda de que el retrato es útil.

Los autores dramáticos se sirven de él muchas veces, para complicar el enredo de sus invenciones; los empresarios de teatro, para dar celebridad á los artistas desconocidos que contratan; los bufos, para hacer propaganda; los artistas del circo de Price, para lucir sus musculaturas; las suripautas, para demostrar que, si la pobreza las hizo venir á menos, la enseñanza las puede hacer ir á mas; los tontos, para esponer sus cruces y condecoraciones en el portal de una fotografia; los estudiantes para probar que han terminado su carrera, y los fotógrafos para comer.

Tambien el retrato tiene enemigos. ¿Quién no los tiene! Una cosa no puede hacer el retrato, mentir sin que todo el mundo lo conozca. La verdad es su norma. Ni quejas, ni súplicas, ni recomendaciones, ni protestas, logran apartarle de ella, y por eso tiene enemigos. Los enemigos del retrato son los chatos, que soñaron que la máquina fotográfica seria capaz de ponerles una nariz que no tienen; los viciosos, que no encuentran en el retrato las niñas de sus ojos; los enanos que esperaban verse convertidos en gigantes por obra y gracia del retratista; los presumidos, porque no se les vé bien la cadena del reloj; ni tiene brillo el diamante de la sortija, con que se retrataron; y todo el que, fanático por su propia belleza, no puede tolerar que el retrato venga á decirle á todas horas: «eres feo».

¿Creeis que el retrato dá valor á estas censuras? Las desprecia. Sus méritos son muy grandes, y además tiene un defensor digno de él que obtiene siempre el triunfo de su causa, y quien en todo lo que vale agradece servicio tan importantísimo: la mujer hermosa. Entre el retrato y la hermosura; hay una fraternidad elocuente, consorcio mas bien; la belleza sueña con verse admirada en un retrato, y el retrato suspira por enseñar un rostro hermoso.

¿Como negar la importancia que el retrato ejerce en la vida del hombre?

¿Quién á los veinte años no ha sentido el fuego del amor, algo de sublime armonia, algo que nos robaba el reposo á ratos, y á ratos nos absorvía en dulce éstasis de felicidad? En esa edad, un ángel se nos aparecía

en sueños; ángel purísimo que, acercándose risueño, murmuraba en nuestro oído un secreto de amor; ángel de ventura que nos hacia adorar la vida y ser crédulos; su imagen no se borrará nunca de nuestra memoria; era la imagen de la mujer amada. ¡Con qué ansiedad deseábamos obtener su retrato! Nuestras cartas, nuestras súplicas, nuestras conversaciones, se dirigían solo á conseguir aquella dicha que no hubiéramos cambiado por la gloria del César ó el génio de Mirabeau. Al fin le conseguimos. Desde entonces no se ha separado de nosotros. A todas horas le contemplábamos en dulce arrobamiento; él consolaba nuestras penas y desengaños; él era el que animaba nuestro desfallecido ánimo, señalando al deseo brillantes horizontes; él era la esperanza, el porvenir risueño, el cielo prometido. En la ausencia, fué el talisman que enardecía el fuego de nuestra pasión.

¿Quién sabe si andando el tiempo puede ser el recuerdo de una infidelidad? La culpa de esto no es suya, ni aquella infidelidad de que es recuerdo podrá borrar nunca del nuestro los días felices que al retrato debemos. Además, el retrato nos engañó. Aquella mujer ¿era hermosa? En el retrato se admiraba su hermosura; ojos de mirar irresistible, nido de perlas por boca, torneada garganta, blonda cabellera; una cosa no nos dijo el retrato que tuviera aquella mujer, corazón... y no lo tenía.

Aquella pobre madre está aflijida porque su hijo, ansioso de lograr la fortuna que, según cree la juventud, se esconde en el Nuevo Mundo, abandonó el paterno hogar, y cruzando el Océano, partió á América en busca de riquezas. Desde aquel día para la desolada madre, no hay uno de alegría. No piensa en otra cosa que en el hijo adorado que tan lejos de ella está; no sabe si ha encontrado la muerte donde creía sorprender la felicidad. Su dolor sólo un consuelo tiene: el retrato del hijo querido, que está colgado en la empapelada pared.

De allí le descuelga frecuentemente, y pasa horas enteras contemplándolo. Parece que el alma del hijo está en aquel pedazo de cartulina mirando á la madre que tanto le ama. La ilusión de la pobre madre es completa. Cree que no es el retrato, sino el hijo quien en sus manos tiene, y le besa; entonces sus labios tropiezan con el cristal frío, que le recuerda la horrible realidad. Y llora, llora, pero sin separar sus labios de

aquel retrato querido, á quien mira como su salvación.

MIGUEL MOYA

(Continuará).

PLUMADAS

La vida es un eterno recuerdo. En la primavera de la juventud, recordamos la infancia, en el declive de la existencia, recordamos los años que pasaron para no volver jamás. En pleno estío, en nuestro otoño y hasta en lo mas frío de nuestro invierno, decimos, de vez en cuando: me siento con un humor infantil dice el autor alemán de *El amor de los amores*. Es verdad. Quién no recuerda el pasado? Quién no tiene un pensamiento para ese nimbo encantador que se llama infancia?

El presente es el solo tiempo absoluto, se dice. Protesto! como diria misia Policarpa Cabo de Vela.

Yo vivo mas del pasado, que del presente. Recordar, es vivir arrullado por las mas gratas ilusiones. Recordar, es ser feliz.

Bienaventurados los que tienen recuerdos—aunque sean dolorosos—por que de ellos es el reino de la felicidad!

Acaba de suicidarse en la Pensylvania un individuo, que ha dejado entre sus papeles el siguiente escrito:

Me casé con una viuda que tenia de su primer marido una hija casadera.

Ahora bien: mi padre, que venia á visitarme con frecuencia, se enamoró de mi hija política y se casó con ella.

De modo que mi padre llegó á ser mi yerno, y mi hija política mi madrastra, por que era la mujer de mi padre.

Algun tiempo despues, mi mujer tuvo un hijo que fué cuñado de mi padre y al mismo tiempo mi tío, porque era hermano de mi suegra.

La mujer de mi padre, mi hija política, tuvo tambien un hijo que fué hermano y nieto mio, porque era hijo de mi hija.

Mi mujer era abuela mia, por que era madre de mi madrastra, y yo era marido y nieto de mi mujer: y como el marido de la abuela de una persona es abuelo de esta persona, resulta que llegué á ser mi propio abuelo!!

Han comprendido Vds., este *imbroglio*? NÓ. Pues yo tampoco!

—Acúsome, padre, que robé una sogá, decia cierto gitano al confesor que lo auxiliaba.

—¿Y cuánto podia valer esa sogá?—preguntó el reverendo.

—Le diré á Vd. padre, lo que es la sogá no valia gran cosa; pero el caso es que á la sogá estaba unida una cadena, y tambien cargué con la cadena.

—Conque en resumidas cuentas los robos son dos?

—No resuma Vd. tan pronto, padre, por que ha de saber Vd. que la cadena sujetaba á una hermosa mula, y como era mansa y se venia hácia mí, ¿qué habia yo de hacer? me quedé con ella.

—Con la mula, hijo?

—Con la mula, padre.

—Pues, hijo mio, *esa es mas negra*.

—Eso no, padre, perdone Vd. La más negra era la otra.

—¿Qué otra?

—La otra que se vino detrás!

No conozco muchachas mas galantes, que las de Gonzalez Videla. Tengo pruebas de su amabilidad, por eso lo digo.

Gracias mil, encantadora Laurita, por tus hermosas camelias, y lo mismo á Maria por sus jazmines.

Mi bella amiga Rebeca Otamendi, está enferma de hipocondría, así al menos lo asegura ella. Yo creo por el contrario, que está atacada de... romanticismo.

Vamos, Rebeca, no lo hagas desesparar á Luisito.

A Maria Enriqueta Nuñez le pido que no levante tanto los ojos al cielo, porque... se va á quedar ciega. Ella me entiende.

Y aquí, punto redondo.

Hasta la vista se despide.

LUCIÉRNAGA.

A este número acompañan los siguientes materiales:

Delfina Vedia de Mitre—A Delfina V. de Mitre, poesía, por G. Mendez—Historia de una calavera, por Raymunda Torres y Quiroga—Historia íntima, poesía, por E. E. Rivarola—Literatura americana: Poesías de D. José Joaquín Palma, por Ramon Rosa—El coche de Tramway, por Marcos de Obregon—Elfrida, (conclusion), por Matilde Elena Wili—Los efectos del rayo, (conclusion) por Gaston Tissandier—El amor no se pierde, por Isaias J. Villafañe—El retrato, por Miguel Moya—Plumadas, por Luciérnaga.

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: URUGUAY 508

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, SETIEMBRE 17 DE 1882

EL RETRATO

(Conclusion.)

Este retrato no es tan poético, pero presta grandes servicios á la sociedad; y sino los presta, podría prestarlos, que es lo mismo. Descansa en el mas oscuro fondo de la grisienta cartera de un agente de orden público, y es igual á otro que figura, honrándola, en la galeria fotográfica del Gobierno civil de la provincia. No es el retrato de ningun gobernador ilustre, ni siquiera el de algun jefe de policia; es el retrato de *Mil hombres*, mozo de veinte años, á quien por su destreza en el hurto conocen muchos y temen todos los relojes de bolsillo. Este retrato sirve para dar á la autoridad las señas del ladron que es preciso prender. Todos los agentes de la autoridad trabajan afanosos por lograrlo, y, sin embargo, no se encuentra al ratero. Veamos por qué.

Junto al iluminado escaparate de una lujosa sombrerería está *Mil hombres*. Cerca de una de las farolas que hay frente á la sombrerería, dos agentes de la autoridad miran ansiosos al ratero, al mismo tiempo que sostienen acalorada disputa.

—Vamos á prenderle.

—No me atrevo. Parece un caballero, y si nos equivocamos...

—Yo te aseguro que no me equivoco.

—¿Tienes su retrato?

—Sí, aquí está

Mientras el agente de orden público hunde la diestra mano en el inmenso bolsillo de un gaban no menos inmenso, buscando la cartera y saca de la cartera el retrato, *Mil hombres* ha desaparecido.

Con ansiedad se acercan los agentes á la farola y miran el retrato.

—¿Ves? Es el mismo, sí. ¡Bien decia yo!

—Cállate, hombre, y no digas barbaridades. Te digo que la haces buena si le

prendes. Se parece mucho, es verdad; pero, bárbaro, ¿no reparas que aquel señorito tiene bigote, y que este retrato no tiene pelo de barba?

Y siguen paseándose tranquilamente.

En los campos de batalla, despues de esa lucha terrible en que los hombres, ciegos, siembran la ruina y la desolacion por todas partes, la tierra se ve casi siempre cubierta de cadáveres; diríase que en ella ha fecundizado la muerte. No se oyen mas que los gritos lastimeros de los heridos, que demandan socorro. Como fuegos fatuos andan por donde quiera los farolillos de los camilleros, que van á arrancar á la muerte algunas de las que ya contaba como víctimas suyas. La ambulancia, ejerciendo su piadosa y caritativa mision se acerca á un herido. El camillero baja el farol para mirarle, y un grito de angustia se escapa de su pecho: ha reconocido en la víctima de la guerra á un amigo querido. El herido está agonizando, la voz se ahoga en su garganta, la vida se le va por la ancha herida que ciega enemiga lanza, abrió en su pecho. Pero al reconocer al camillero, en ese último instante en que el hombre, á las puertas de la muerte, ve con toda claridad la vida que abandona, hace un violento esfuerzo, se incorpora, y diciendo: «para mi padre... para ella,» le da un papel enrojado por la sangre de la temblorosa mano en que estuvo guardado como una reliquia. En aquel papel iban envueltos dos retratos del infeliz soldado. Pensaba mandárselos á su madre y á su novia despues de la batalla, y en ella ha perdido la vida. Ahora aquellas fotografias no son sino el legado de un muerto. La novia tal vez le olvide; pero la madre ¡ah! la madre le cubrirá con un negro tul, y le horrará con sus lágrimas. Aquel retrato será el Cristo que adore en los últimos instantes de su vida.

Quien sea aficionado á inspeccionar los puestos del Rastro y las almonedas y prenderías, al lado de ruinas que fueron objetos de mobiliario sabe Dios en qué época y en

qué forma, habrá visto muchas veces retratos que se darian de balde, suponiendo que alguien los deseara á este precio. Ese es el motivo que los enemigos del retrato escogen mas frecuentemente para censurarle. Dicen que en la vejez se envilece y denigra, olvidado de lo que á su dignidad y renombre debe. ¡Calumnia! ¡Pura calumnia! Mientras el hombre no se abandona, nunca falta á los deberes que la fidelidad le impone. Cuando se encuentra solo y despreciado, busca un asilo, y no es culpa suya si no encuentra otro que la miseria. ¡La miseria! Es el sepulcro de muchos géneos, y de él debe estar orgulloso el retrato.

—¿Qué hace aquella hermosísima mujer, preciosa virgen, que se cree encerrada en su templo, bien ajená de que nosotras le miramos? Sonrie satisfecha; mira á todos lados como si temiera ser sorprendida; saca no digamos de donde, un retrato; fija amorosa en él sus ojos, le besa, y...

—¿Y qué?

—Que eso es lo que se figuran todos los novios que hacen con sus retratos las mujeres á quienes aman.

MIGUEL MOYA

HISTORIA DE UNA CALAVERA

(Continuacion)

—Pues cástate con ella.

—Es lo que pienso hacer. Pero dime Daniel: quién es su familia?

Te diré: es huérfana de madre y vive con una tia que es la que la ha criado.

El padre se casó en segundas nupcias y viene á verla una vez por semana.

Esto es todo lo que sé.

Cuando tú la visites, ella te contará lo que yo ignoro.

—Esa máscara que la acompañaba sería la tia?

—Sí.

—Sabe ella que Elisa me ama?

—Creo que sí.

—Y donde la conociste tú?

—En casa de mi cuñada, de quien es muy amiga

Una noche que habian ido de visita, empezó á llover, mandé en el momento buscar un carruaje y las acompañé

La tía me ofertó la casa y . . . no necesitó mas.

A los tres dias me colaba de visita.

Le hice la corte á Elisa, pero viendo que jamás me correspondiera, quise ser su amigo y aceptó complacida mi amistad.

Desde entonces voy cuando quiero.

Ya he satisfecho tu curiosidad, ahora me voy á buscar á mi aldeana que estará furiosa por que ha perdido dos piezas.

—Que te diviertas.

—Cómo! que te vas tan temprano?

—Que voy á hacer aquí? Yo no bailo.

—Pero con Elisa bien que te ví saltar. Pobre muchacha, qué pisotones habrá sufrido! Hasta mañana.

—Hasta mañana y que seas feliz.

—Y tú piensa en Elisa.

Me dirigí á mi domicilio.

Por la primera vez, los libros no merecieron ni una mirada de su dueño.

Una sola idea me preocupaba:

Elisa.

Su voz aún sonaba en mis oídos, veía sus magníficos ojos fijos en los míos y me hacia la ilusión que su brazo se apoyaba en el mio.

Yo soñaba despierto.

El resto de la noche la pasé en pié.

Al día siguiente, como á eso de las cuatro de la tarde, apareció Daniel.

—Buena noticia!—me gritó desde la puerta.

Yo me levanté de un brinco del sillón.

—La has visto?—fué lo único que pude articular.

—Me acabo de separar de su lado, y esto me ha dado para tí.

Y Daniel me alargó una carta que besé repetidas veces.

Hé aquí lo que esta decia:

Oscar: mañana voy á casa de Rosaura, la cuñada de nuestro amigo, allí nos veremos.—*Elisa.*

No sé como no lo ahorqué á Daniel del abrazo tan fuerte que le di.

—Es un ángel!—exclamé llevando á mis labios la carta.

—Pero qué te dice?

—Toma y ve si no tengo razon para estar loco de alegría.

—Caramba! la cosa bien merece que te perdone los estrujones que me has dado.

—Mañana, mañana la veré, repeta y riendo y saltando como un niño, á quien han prometido un regalo.

Con qué ansiedad esperaba que llegara el venturoso momento que estrecharia de nuevo su mano y veria su rostro hichicero!

Todo tiene término en la vida, y mi suplicio tambien lo tuvo.

A las ocho, vino Daniel á buscarme.

Cuando llegamos, Elisa y la tía ya estaban.

Mi turbacion debia ser visible pues la cuñada de Daniel me dijo sonriendo:

—Estais enfermo?

—Un poco—contesté ruborizándome como una niña.

La conversacion se hizo general.

Entonces, me atreví á mirar á Elisa.

Jamás habia visto un rostro mas lindo.

Su belleza tenia algo de sobre-humana.

Qué ojos! qué palidez!

Y luego, qué distincion en todas sus maneras! Yo estaba en un éxtasis, en una muda adoracion.

Varias veces nuestras miradas se habian encontrado y se habian acariciado con la ternura suprema de dos almas que se adoran.

Fué un coloquio divino el que sostuvimos y en el que ella y yo nos dijimos con la mirada, cuanto es posible decirse en este mundo dos corazones que se aman.

Al despedirse, Elisa me dijo:

—Mañana, id con Daniel.

Esa noche no pegué los ojos.

Paso por alto las visitas que la hice en compañía de mi amigo.

Un dia con el pretexto de llevar un libro que la tía habia manifestado deseos de leer, me presenté sin Daniel.

Elisa estaba sola.

Al verme, lanzó un grito y se levantó.

Yo di un paso para retirarme.

—Oscar—me dijo corriendo hácia mí—perdóname, si he podido ofenderte con el pensamiento.

—Te perdono, pero con una condicion.

—Dila.

—Que me dejarás besar tu mano.

Elisa me la teudiá sonriendo.

Yo posé en ella mis ardientes labios y esta palabra, esta sola, se escapó de mi alma.

—Te amo!

—Lo sé—me contestó envolviéndome en una mirada que encerraba un mundo de promesas.

Yo caí de rodillas á sus piés, pálido, convulso.

—Elisa!—esto fué lo único que pude articular y cubrí mis ojos con sus manos.

—Levántate—que puede venir mi tía—me dijo estrechando mas sus manos contra mis ojos humedecidos.

—Elisa!—exclamé tendiendo hácia ella mis brazos.

RAIMUNDA TORRES Y QUIROGA.

(Continuará)

DESPEDIDA

Imitado de Shakespeare

—El alba llega, querida mia,
¿Oyes el canto de dulce amor
con que la alondra saluda al día
sobre el frondoso granado en flor?

—Nó; no es la alondra, mi dulce amado,
la que en la noche canta su amor;
la voz que sale de aquel granado
es la armonía del ruiseñor.

—Nó; no te alejes. Estremecido
sobre mi seno reposarás;
de nuestra dicha compadecido
el astro ardiente tardará mas.

—Mira! El reflejo de la mañana
con que á la tierra sonrie Dios,
tiñe los cielos de oro y de grana
Adios, ensueño del alma!

—Adios!

ERNESTINA.

PÁGINAS DE UNA CARTERA

Á MIS DOS PEQUEÑAS ESTÁTUAS DE PABLO Y VIRGINIA

Impresiones íntimas

Las miro iluminadas por el débil resplandor de la luz de la lámpara, y sus pequeñas cuerpecitos parecen ser el de dos ángeles terrestres. Hay tanta inocencia, un candor tan atrayente, tal transparencia en sus rostros de tiernos á la par que sinceros y delicados sentimientos, que encantan y seducen comunicando al ánimo intranquilo el sosiego y el placer puro y secreto, que ofrece la vista de la virtud trasfigurada y presentada en todas sus formas en seres reales.

La suave rusticidad de su aspecto con el humilde y ligero traje de aldeanitos nacidos y criados al aire libre de una isla habitada por europeos: Virginia con su fuente de agua al hombro, las frutas recogidas en el delantal, y con glicinias en el cabello colocadas á guisa de adornos, mientras Pablo trae por su parte un canasto de frutas para compartirlas dulcemente con su hermana de corazón, aumentan notablemente la atracción de marcada simpatía que no deja de manifestarse al que, aún sin conocer la historia de estos seres, no ve en ellos más que la felicidad terrenal creciendo y desarrollándose con la amplia libertad que le es peculiar, y tal cual nos la mostró el Creador en la corta pero memorable en carnación de Adán y Eva antes de su caída. ¡Parece que estos y aquellos pequeñuelos fueran tal vez los verdaderos ejemplos y los únicos símbolos de esa *loca* cuyos accesos son tan terribles al desarrollarse!

Pocas, muy pocas veces la inspiración se ha mostrado tan elevada y tierna con una creación de la imaginación ardorosa de fecundas concepciones de la poesía del alma, de esa poesía que solo se revela con notas, palabras y cantos que cada uno por separado y todos conjuntamente encierran un poema pequeño pero expresivo, como que significan e interpretan exteriormente lo íntimo del ser viviente.

Bernardino de Saint-Pierre ha escrito un corto poema con páginas de exquisita sensibilidad, con imágenes de ingenua y delicada forma y con un colorido de realidad sencilla y pura tan enternecedora, que las figuras de Pablo y Virginia presentan tan interesantes algunas peripecias de su corta vida, que un sentimiento de inefable placer y una opresión de amargura y triste commiseración embargan el espíritu, impresionando el corazón más frío. La naturalidad y fluidez de la narración, así como la ordenada disposición cuando describe los lugares de las diversas escenas con sus más minuciosos detalles, dan más fuerza á la impresión, aumentando la animación creciente del desenlace.

¡Y que trágico desenlace! La copa llena de felicidad que la suerte les brindaba como el néctar delicioso en el banquete de la creación, se convirtió en mortal brebaje que apuraron hasta las heces. Esta es la vida: hoy el todo, mañana la nada.

Cuando contemplo los rostros de estas criaturas nacidas para ser felices entre su inocencia nativa y formadas en su medio, libre del ruido y de las preocupaciones

mundanales, desarrollándose á la par de las flores de esa naturaleza exuberante, me parece imposible concebir que sea verdad el que la suerte se haya mostrado tan dura y cruel para ellos, que ya se creían en las puertas del cielo terrenal. Veo repetirse incesantemente esto, y todavía no quiero creerlo como natural.

Pero ¿á quién respeta la suerte,—el infortunio?

Más tarde ó más temprano, de una manera ú otra, bajo una forma más ó menos disfrazada, todos caemos bajo sus rudos y certeros golpes. Algunos se levantan,—los más se anonadan y sucumben por sus consecuencias. Hé aquí la diferencia.

Más ¿qué importa todo esto, si el mundo sigue su incesante movimiento arrastrando consigo el torbellino de humo de los holo caustos consagrados al placer, la vanidad, el lujo, la adulación y tantas bajas como frívolas miserias que embargan los sentidos y corrompen los sentimientos humanos?

¡Sigamos que esa es la marcha de la vida!

LUPERGIO.

LOS ACEITES DE PETRÓLEO

América es el país en que se encuentran los mayores depósitos naturales de ese líquido negrozco, espeso, casi viscoso, que se llama petróleo. En ciertas localidades, y particularmente en Pensilvania, Texas y el Canadá, atraviesan las capas ó estratos geológicos canales subterráneos, llenos de líquido mineral que, cual verdaderos filones líquidos, se extienden á veces por comarcas enteras.

En las localidades en que se explota el petróleo, se abren pozos, brotando á veces el líquido espontáneamente, como el agua de los pozos artesianos ó como la de las fuentes interminentes, á la manera de esos altísimos chorros de agua caliente natural de que nos ofrece uno de los más curiosos ejemplos el gran Geyser de Islandia, especie de volcán que lanza al aire á cortos intervalos una inmensa columna de agua.

Vense allí por todas partes barriles amontonados alrededor de los pozos en explotación; el suelo está empapado de aceite, que á veces se desparrama por el campo, cuando la sangría abierta en las entrañas de la tierra es más abundante de lo que se podía esperar.

Hasta los hombres están cubiertos del infecto producto que explota, y el país presenta el aspecto más extraño, la más fantástica fisonomía. De trecho en trecho hay grandes cartelones fijos en postes, anunciando que allí no se puede encender lumbré: **SM PROHIBE FUMAR**, tal es la fórmula invariable que todo propietario pone á la entrada de los departamentos de perforación. En efecto, el aceite mineral natural se inflama con extraordinaria facilidad, y hay ciertas clases de petróleo que á la temperatura ordinaria despiden vapores sumamente sutiles, capaces de arder á una distancia bastante grande de su foco incandescente.

Así pues, la explotación de una materia tan combustible ofrece grandes peligros, á pesar de las precauciones que toman los mineros de una misma localidad; pues el líquido mineral, apenas arrancado de sus yacimientos seculares, causa á veces los más espantosos desastres. Para no citar más que un ejemplo de los varios siniestros ocasionados por el petróleo, trasladémosnos con el pensamiento á Idiona, en el Estado de Pensilvania. Es el 11 de Mayo de 1862 Un minero acaba de dar un fuerte golpe de sonda en el fondo de un pozo que está perforando inútilmente hace muchas semanas. De pronto cree percibir un rumor parecido al de un líquido que chocara contra las piedras, ruido que se transforma en breve en un hervor tumultuoso; al poco rato sube el aceite con la rapidez del relámpago, escápase con espantosa violencia por el camino que se le ha abierto, y brota como un nuevo Geyser hasta doce metros de altura sobre el nivel del suelo.

De este chorro formidable se desprende una espesa nube de vapores que se cierne á unos cuantos metros más de altura. Todo el mundo corre á apagar sin demora los fuegos de las inmediaciones, pero queda encendida una luz á 360 metros de aquel torrente impetuoso. El gas se inflama en aquel foco. Comunícase el fuego al naciente líquido, y el pozo se transforma en una pieza de artillería formidable que vomita llamas y lanza al espacio una opaca humareda que cubre el cielo con un siniestro manto.

Pero el líquido inflamado corre en breve por las campiñas circundantes; inunda el suelo de torrentes de fuego, y la escena del desastre crece y se ensancha por momentos. Los barriles llenos de aceite estallan, produciendo estampidos semejantes á descargas de artillería. Al horror del incendio se une el espanto de la explosión, y algunos cadáveres mutilados van á parar á mu-

chos metros de altura. Las mujeres y los niños huyen presurosos en medio del terrible fulgor producido por el incendio de toda una comarca. No hay lucha posible contra aquel enemigo, ni esperanza de salvación; no queda más remedio que huir oyendo el estertor de los moribundos alcanzados por aquel azote sin igual, que es á la vez incendio é inundación. El fuego se apaga cuando se agota el aceite y cuando no quedan en el suelo más que cenizas y escombros.

Análogas escenas han difundido más de una vez en los Estados Unidos un repentino terror, la ruina y la devastación en regiones animadas por un trabajo próspero. Desde el origen de la nueva explotación, han ocurrido muchas catástrofes por el estilo, que enseñaron sucesivamente á los pueblos civilizados cuáles eran los peligros que podían ofrecer la explotación y el uso del aceite mineral.

La cuestión más importante al presente es la de la inflamabilidad; pero hay que distinguir en cuanto á ella el aceite en bruto natural del aceite refinado límpido que se usa para el alumbrado, y que en realidad no ofrece grandes peligros.

El aceite en bruto natural que los buques importan en Europa contiene todos los productos volátiles que la destilación debe separar. A menudo es sumamente inflamable. Con la elevada temperatura del verano, despiden constantemente vapores que pueden ir á inflamarse en cualquier foco lejano y encender al propio tiempo el manantial de donde salen.

Cuando los barriles de petróleo han hecho una larga travesía, hay siempre algunos que están más ó menos deteriorados, que se salen y que llenan el barco de vapores explosibles en contacto con el aire. Así, pues, un buque puede convertirse de este modo en un vasto polvorín, ó asemejarse á la galería de una hullera en la que acaba de estallar el fuego grisú. Entonces basta encender un fósforo para pegar fuego á tan gigantesco brasero.

Se han buscado ya los medios de obviar tan formidables inconvenientes, y se han propuesto buenos procedimientos, pero se han empleado muy pocos. M. Gibson ha sido el primero en adoptar el sistema de buques de compartimientos de hierro para el transporte del petróleo; sistema que se ha seguido también por algunos otros comerciantes. Estos buques están divididos en compartimientos de hierro forjado que forman una serie de depósitos herméticamente cer-

rados. Para que el aceite pueda dilatarse ó contraherse según los cambios de temperatura, en el depósito de petróleo hay un tubo acodado que penetra en otro receptáculo lleno de agua. De este modo se evita cualquier fuga de vapor ó de líquido, y si el petróleo se contrae en un depósito, el agua recobra su nivel normal en el otro.

Por desgracia son pocos los buques que están tan bien organizados. Estos barcos presentan además otra ventaja: el aceite que contienen se trasvasa al descargarlo á otros depósitos de hierro por medio de una bomba, y cuando este aparato funciona bien, no es de temer que alguna fuga esparsa por el aire un vapor inflamable.

El aceite de petróleo, que todo el mundo conoce hoy, y que se usa para el alumbrado, es un líquido trasparente, límpido, pero de olor desagradable. El aceite en bruto es, según hemos dicho, negro como tabaco, de consistencia bastante espesa, y tiene un olor bastante más fuerte que el del aceite refinado.

En la industria, se destila el aceite natural en retortas de hierro, y empieza á hervir á una temperatura bastante baja, de 40° á 60°. Despide vapores que se condensan en un aceite muy ligero, límpido y por demás inflamable, que se llama la *esencia*, y que se usa como disolvente de los cuerpos grasos. Continuando la destilación, resulta un aceite algo más denso, que es el *aceite de alumbrado*, ó sea el que usamos en nuestras lámparas.

Se han exagerado en demasía los peligros de la inflamación de este aceite en los usos domésticos; este producto es en efecto combustible, pero no se inflama á alguna distancia, y es indudablemente menos de temer que el espíritu de vino que tan impunemente encendemos en las lamparillas que sirven para hacer café. Cien veces he hecho experimentos en mi laboratorio con aceites minerales que sólo se inflamaban por el contacto de un fósforo encendido, y á los que no se podía prender fuego acercándolo á un centímetro de distancia.

El alumbrado de petróleo ofrece el inconveniente de difundir por el aire un olor verdaderamente desagradable, al cual es muy difícil acostumbrarse; pero empleando aparatos de combustión mejor combinados y mecheros especiales, se conseguirá sin duda evitar tan repugnantes emanaciones.

Por lo demás, no nos parece imposible que el público resista al atractivo que tiene la baratura de este sistema de alumbrado, pues á igualdad de brillo, tan sólo exige

un gasto casi cuatro veces menor que el de las bujías esteáricas.

Hé aquí los precios aproximados de algunos combustibles, suponiendo que producen la misma cantidad de luz por espacio de diez horas. Se supone también que su potencia luminosa sea igual á la de veinte bujías de esperma.

	Francos cént.	
Gas del alumbrado.	5	45
Aceite de petróleo.	5	75
Bujías esteáricas.	4	10
Velas de cera.	6	
» de esperma.	8	30

La cuestión del alumbrado de petróleo se ha estudiado particularmente en Inglaterra, donde funciona ya con ventaja gran número de sistemas. En Francia, muchos fabricantes inteligentes estudian también esta importante rama de la industria moderna, no cabiendo duda de que el mejor éxito coronará algún día sus esfuerzos.

Así mismo se han hecho estudios, tanto en Europa como en América, para aplicar el aceite mineral á la calefacción de las máquinas de vapor.

Las ventajas del petróleo sobre el carbon son manifiestas.

El carbon líquido no deja cenizas, á igualdad de peso, ocupa ménos sitio que el carbon, cuyos pedazos, por bien amontonados que estén, siempre dejan entre sí espacios vacíos. Por último la combustión de una tonelada de petróleo puede producir doble vapor de agua que una tonelada de carbon de piedra.

Los ingleses y los americanos han hecho dar un gran paso á este problema. En Woolwich, en Lambeth, en San Francisco se han practicado ensayos en grande escala. Los aparatos americanos consisten por lo general en una serie de mecheros en los que arde el petróleo volatilizado en estado de gas, sistema en cuyo detalle no nos es posible entrar. Por defectuosos que sean, estos sistemas funcionan actualmente; pero en los puntos de producción del aceite mineral no se economiza mucho el petróleo, y el empleo de estos procedimientos resultaría en Europa bastante más caro que el de carbon de piedra.

En Francia, poco es lo que se ha podido adelantar con respecto á este asunto; algún tiempo atrás hizo M. Enrique Sainte-Claire Deville varias tentativas que, si bien arrojaron nueva luz sobre tan importante problema, no lograron resolverlo.—Entre los sistemas franceses, citaremos un procedi-

miento ingenioso de M. Rouillé, que calienta la caldera de las máquinas con sopletes, en los que el vapor de petróleo, empujado con fuerza por una corriente de aire intenso, arde produciendo una elevada temperatura.

¿Darán todas estas pruebas resultados fructuosos en un cercano porvenir?

El precio del petróleo, mucho más sabido en Francia que en América, nos permitirá hacer lo que nuestros vecinos de allende el Atlántico? Lo ignoramos, pero sea lo que fuere, parece indudable que la industria del aceite mineral se abrirá tarde ó temprano una vía fecunda en esta dirección.

La industria del petróleo crece con extraña rapidez, y desde su origen se ha desarrollado de un modo inesperado. En el primer semestre de 1862, el puerto de New-York exportó 4.400.000 galones de petróleo; en el primer semestre del año siguiente la cantidad de aceite exportado había triplicado, puesto que se elevaba á 12.700.000 galones. Y eso que la explotación verdaderamente regular del petróleo data de ayer, por decirlo así, aunque de los más remotos tiempos se haya conocido este aceite mineral.

En las ruinas de la antigua Nínive se encuentra una argamasa asfáltica que se hacía mediante la evaporación del petróleo.

Los autores antiguos hacen mención de los aceites de petróleo que hay cerca del mar Muerto, y Plutarco describe un mar de fuego ó lago ardiente junto á Ecbatana.

Los romanos usaban á veces lámparas de petróleo, á juzgar por lo que dice Plinio, y Dioscórides nos hace saber que el aceite mineral de Amiquo, en Italia, se usaba en Génova para alumbrar la ciudad.

Los manantiales de Bakú, en Persia, son célebres desde tiempo inmemorial; están situados junto al mar Caspio, y en la época de ciertas fiestas religiosas, los habitantes vierten torrentes de dicho aceite sobre las olas del mar, prendiéndole fuego en seguida. Las oleadas se llevan á gran distancia esos fuegos que despiden mil resplandores y producen el espectáculo más sorprendente.

Hasta 1815 no se tuvo noticia en América de que allí hubiese manantiales de petróleo; en dicha época, un minero, que buscaba agua salada en Torentum, sacó el petróleo de las entrañas del suelo. A los quince años habíanse organizado ya muchas explotaciones, y en 1800, había en Oil-Creek 2.000 manantiales ó pozos, sacándose de los 74 más copiosos más de 11.000 barricas de aceite en bruto que valen 10.000

duros. Al año siguiente, y en solos cuatro meses, los puertos de Nueva York y Filadelfia expedían á Europa aceite mineral por valor de cuatro millones de francos.

GASTON TISSANDIER.

ESPUMAS

¡Oh! . . los sueños del hombre! . . Las olas

Que ruedan y pasan,

Sin dejar en la orilla rumores,

Ni estela en las aguas!

¡Cuántas veces la noche profunda

Estiende sus álas,

Y cobija su sombra, las sombras

Eternas del alma!

¡Cuántas veces el rayo tremante

De estrella lejana,

Es la dulce ilusión de un momento

Que brilla y se apaga! . .

Y esas nubes que cruzan el cielo

De rosa del alba,

Son tan solo girones perdidos

De alguna esperanza! . . .

Son los sueños del hombre: las olas

Que ruedan y pasan,

Sin dejar una nota siquiera,

Siquiera una lágrima! . .

LEOPOLDO DIAZ.

BRUMAS

A . . .

Las tempestades del alma, son como las inclemencias del cielo, robustecen el temperamento y prolongan la vida.

Hay seres destinados á marchar entre sombras, que viven sin vivir, pero que viven, desafiando la fatalidad que les persigue.

No se abaten ni inclinan la frente ante el destino, por el contrario; le desafían serenos y tranquilos.

El dolor—ha dicho un poeta—curte y conserva, como la sal á la carne muerta.

Tú sabes muy bien, que jamás ha brillado para mí, la estrella de la felicidad.

Cuando he creído ser dichoso, algo se ha interpuesto para que no lo fuera.

No he renegado ni maldecido, he sonreído á mi quebranto; por que al mundo, no le importa el dolor ajeno.

Llorar cuando no hay quien enjague nuestras lágrimas?

Nó; vale más reír, aunque sea con la risa dolorosa de Demócrito.

No te sorprenda mi lenguaje.

Hoy que no creo en nada, que me es indiferente todo, puedo espresarme así.

Ayer, aún tenía esperanzas y sueños; hoy que la venda que cubría mis ojos ha caído para siempre, hoy, repito, me río de las quimeras que por un momento se forjó mi mente.

**

No llores á las puertas de mi corazón, porque él no te responderá. Yo no tengo ya corazón para tí.

No me hables de esperanza, yo no aguardo ni espero nada de la vida.

Tu recuerdo ha muerto para siempre, sí, para siempre en mi alma.

Tú lo has querido, me resigno.

Mañana tal vez te arrepientas, pero será tarde: porque así como amo con delirio, también olvido.

Del pasado no queda nada, absolutamente nada, te lo juro.

Tu felicidad ó tu desgracia, me es indiferente.

Te he amado mucho, pero hoy que he palpado la realidad, que conozco tu carácter, no te profeso el más leve afecto.

Estas líneas, serán el único recuerdo que tendrás de mí. No me importa que después de leerlas, las arrojes lejos de tí.

Jamás faltó á mi palabra, bien lo sabes. Te prometí que escribiría y he cumplido.

Hoy son *Brumas*, mañana serán *Celajes*.

El corazón humano es una eterna primavera. ¡Quién sabe si en el mío no nacerá una nueva flor, que perfumará mi existencia! . . .

Todo es posible en la vida, todo, hasta el olvido de un cariño inmenso.

LEOPOLDO.

PLUMADAS

El Domingo han andado mis *canoas pedestres* más que ligeras.

A mi íntima de correrías, se le puso entre ceja y ceja, que nos habíamos de dar un corte, y no tuve más remedio que acompañarla.

Qué paseo, lectoras mías, qué paseo!

Nos divertimos en grande y nos reímos mejor.

En el camino tropezamos con la espiritual morocha Rebeca Otamendi, que dejó

caer su mano sobre mi hombro, sin miramiento á mi humanidad doliente.

—Con que estoy atacada de romanticismo?—me dijo fijando sus grandes ojos en los míos.

—Sí.

—Y lo afirmas?

—Por que no? A mí me gusta mucho una muchacha romántica y mas cuando es bonita como tú.

—No tienes compostura, Luciérnaga, pero mira, no seas traviesa y rectifica en tu próxima crónica, que no padezco de semejante mal.

—Así lo haré.

—No me des bromas con el *nene* Luisito, pues sabes muy bien que no me fijo en niños.

—No diré nada del aficionado á los cartuchos de pastillas de menta, ni menos del inquilino del poste de la esquina! Ya ves, querida amiga, si soy complaciente.

Conste pues, que la bella señorita Rebeca Otamendi no está atacada de romanticismo, sino de hipocondría.

—Quién es aquél que le hace *telégrafos* á Maria Luisa Gomez? me preguntó mi colega.

—No lo conozco, hija, pero esas señitas de puerta á puerta, no están bien. Lo dicho dicho.

—Mira Luciérnaga, mira, quienes vienen allí. Mariano C. Beron y Alfredo Torcelli. Dale las gracias á Beron por la amabilidad que tuvo de mandar la invitacion que se solicitó, y lo mismo al joven Torcelli.

—Señor Beron: en nombre de su amiga le significamos nuestra gratitud por su fineza y le repetimos lo que ella le dijo: Es V. el mas galante de los hombres y el mejor de los amigos.

Un periódico de Nueva-York publica el siguiente anuncio:

•Una señora, que no es joven, ni discreta, ni amable, ni bella, y, que además es mas pobre que Lázaro, desearia entablar correspondencia con algun caballero tan desdichado como ella, á fin de unirse á él en matrimonio.

El desesperado que quiera dirigirse á esta calamidad, puede reunir sus cartas á la oficina de correos del Herald, Reploton Brauch.

Qué suerte, para los que andan en busca de gangas!

—¿Y qué mas pongo en la carta?

—Le pone V. que no lo olvido un momento.

—Y van dos veces.

—Que no hago mas que suspirar, y leer sus cartas y besar su retrato.

—Y vá de tres.

—Y que sospecho que estoy de tres meses.

—Señora, no hace un año que está ausente?

—Y qué importa! El me decia en su última que para el amor no hay distancias.

La rubia, esa planta tintórea cuyo cultivo se ensaya con tan buen éxito en las Landas de Burdeos, ha causado la desgracia de un matrimonio.

Calculen Vds, que la mujer de un comerciante sorprendió en el bolsillo de su marido la siguiente carta:

Querido Dumont:

La rubia está inmejorable y muy crecida; merece la pena que hagas un viaje solo por verla.

Tiene un aspecto hermoso y sale muy barata, yo te la cuido con esmero.—J. L.

Acto continuo, la esposa de Dumont presentó la carta á un Juez, pidiendo que la rubia y el señor Dumont fuesen castigados por adúlteros.

A Rebeca Otamendi, le pido mil perdones por no haber escrito el artículo que le prometí. Así que tenga tiempo la complaceré. Espero que me disculpará. No es verdad amada Rebeca?

Y aquí punto redondo, no hay espacio para mas. Hasta la vista se despide

LUCIÉRNAGA.

GRANDEZA Y MISION DEL ARTE

Para tener una idea de la importancia de las artes, basta imaginar lo que serian las grandes naciones de la tierra si se suprimiera en su historia los monumentos levantados en honor de sus creencias, las obras á que han impreso el sello de su génio. Sucede con los pueblos lo mismo que con los hombres: despues de su muerte solo les sobreviven las cosas emanadas del espíritu, es decir, la literatura y el arte, poemas escritos y poemas de piedra, de mármol ó de color.

Si el Egipto nos fuera desconocido, si el recuerdo de ese pais hubiese desaparecido

por completo de la memoria del hombre, tal vez algun filósofo, al descubrir un dia en las soledades de Menfis tres pirámides custodiadas por una esfinge, adivinaria la existencia de un pueblo religioso, esclavo, avasallado por el misterio, inmóvil en sus ideas, lleno de fé en la inmortalidad de la vida; y el significado de aquellos monumentos simbólicos le llevaria quizá á reconstruir la antigüedad del Egipto, renovando sus costumbres y penetrando sus recónditos pensamientos. . . Si la Grecia fuera un pais desconocido, ó se hubiese sepultado en la noche del olvido, un artista, al encontrar cierto dia una columna de las Propíteas, un fragmento de las esculturas de Fidias, un brocché de Lysipo, una moneda de Alejandro ó un vaso griego, sospecharia que un gran pueblo habitó aquellas comarcas, que ese pueblo estuvo dotado de un buen sentido delicado, de un gusto puro, de un esquisito sentimiento de la gracia, y que llevó el culto de la belleza hasta divinizar el hombre y humanizar los dioses.

Sí, un pórtico, una ruina, una cabeza de mármol, nos bastan para remontar por el pensamiento á aquellos tiempos heróicos en que, como dice el poeta, el cielo vivia y respiraba en la tierra.

Ou Vénus Astarté, flie de l'onde amére,
Ruisseluit, vierge encor, des larmes de sa
(mére,
Et fecondait le monde en tordant ses che
(veux.

Parece q' las naciones han presentado q'su gloria seria medida por las obras del poeta y del arquitecto, del escultor y del pintor porque no existe un solo pueblo que no haya honrado á los artistas, sospechando talvez que ellos serian los futuros testigos de su grandeza. En el Oriente primitivo y en el valle del Nilo, el arte, confundido con el mas alto sacerdocio, era tan venerado como el gran pontifice. La fábula de Prometeo arrebatando el fuego celeste para animar la arcilla, simboliza en Grecia, á no dudarlo, el orijen augusto de las artes. Por eso no causa sorpresa saber que el mas sabio de los filósofos, el maestro de Platon, fué escultor, y que como tal modeló las tres Gracias.

Entre los Eleanos un sentimiento de respeto se ligaba al recuerdo de Fidias, y los descendientes de este grande hombre se trasmitian de padres en hijos la carga de mostrar á los extranjeros, como un lugar de veneracion, el taller en que habia esculpido su Júpiter Olímpico. La effie del esta-

tuario Alcmena estaba colocada en la cima del fronton del templo de Eleusis. La ciudad de Pérgamo, en Mysia, compró con sus propios caudales un palacio en ruinas, con el único objeto de salvar algunos muros cubiertos con pinturas de Apeles; y sus habitantes suspendieron en una red de hilos de oro los despojos mortales de su ilustre pintor.

Mas rudos que los Griegos, los romanos heredaron sin embargo su soberana estimación por los artistas, y Ciceron cuenta que Lelio Fabio, descendiente de cónsules y triunfadores, inscribió su nombre en las pinturas ejecutadas por él en el templo de la Salud, y se hizo llamar *Fabius pictor*. Finalmente, en los tiempos modernos, fué el mas soberbio de los Emperadores de Alemania, aquel que reunia en sí el orgullo germánico y la altivez castellana, Carlos V, quien pronunció estas famosas palabras: *Ticiano merece ser servido por César*.

Si el arte ocupa un lugar tan encumbrado en el espíritu de los hombres y en el dictámen de los primeros pueblos de la tierra, este solo hecho nos advierte que su misión es grande. Tócanos, pues, definirla.

¿Es el arte una distracción del espíritu, una manera de hacer grata la existencia? No: su objeto es mas sério y mas noble. El artista tiene por misión avivar en nosotros el ideal, es decir, revelarnos la belleza injénita de las cosas, descubriendo su carácter imperecedero y la pureza de su esencia. Las ideas que la naturaleza pone de manifiesto en una forma oscura ó enmarañada, el arte las define, y las ilumina; y como sus bellezas están sometidas á la acción del tiempo y á la ley universal de destrucción, el arte las liberta de ellas, arrebatándolas al tiempo y á la muerte. Mirad la Niobe antigua: aún al lado de la mas jóven de sus hijas conserva toda su frescura. Una mujer hermosa se preocupa toda la vida en ser bella, ó en dejar de serlo poco á poco, por que sabe bien que no tiene sino un solo instante de verdadera belleza, de plenitud de existencia: pero en ese instante supremo, su belleza es absoluta, revela el divino misterio, torna visible para nosotros la invisible belleza. Mas si entónces interviene el artista, parará el sol, detendrá la carrera de los años, y despojará á esa belleza de lo que no es esencial, el tiempo, para mostrarla en la eternidad de su vida.

Luego la obra de arte es una creación, puesto que penetrando el espíritu de las cosas al través de las apariencias, el artista produce seres conformes á la idea creadera,

á la idea viva encerrada en su mente. Pero si el artista tiene el poder de crear, debe tener tambien el derecho de usar de la libertad en toda su plenitud, debe seguir el vuelo de su propia inspiración, porque de otra manera ¿cómo podría obedecer su mano, sin frialdad, el espíritu de otro? ¿Cómo reemplazaría la íntima armonía que reina entre el cuerpo y el alma, es decir, el calor propio de la vida? Luego el arte es libre, es absoluto, y no depende sino de sí mismo. Luego, tambien, no puede confundirse con lo agradable, por que entónces perdería su libertad, y vendría á ser un amable esclavo. No hay duda que el arte nos causa agrado: es la gracia y el encanto de la vida. Pero su objeto no es agradarnos. De otra suerte ¡pobre de él!

Sometida á todas las variaciones del día y de la hora, la belleza aquella que encierra la idea inmortal y es reveladora de lo divino, se convertiría en mero juguete de nuestras móviles sensaciones. Quien la admira hoy la repudiaría mañana, y siendo dueños de juzgarla siguiendo nuestra impresión personal, veríamosla mas voluble que la fantasía y ménos duradera que la moda. Un solo hombre tendría entónces el derecho de proclamar bello lo que el género humano encontraba feo, justificando así el viejo adagio, tan falso cuando es aplicado á las artes del diseño: *sobre gustos hay disputa*. ¡Error funesto que consagra la anarquía en el dominio del espíritu! ¿El génio dejaría de ser libre por que obedeciese sus propias leyes? ¿Y qué cosa entónces es el génio, sinó la rápida intuición de las leyes supremas? Y estas leyes la filosofía tiene el derecho de conocerlas, porque á ella le corresponde juzgar si la forma es adaptable á la idea. Empero, cualquiera que sea la variedad inagotable de las formas, existe siempre una mas perfecta que las demás; y es á la razón, auxiliada por el sentimiento, á quien corresponde el fallo.

Nó! no es solamente bello lo que agrada. Hay muchas cosas que, como lo hacia observar Sócrates á Hipias, son agradables sin ser bellas. Los placeres de la mesa, por ejemplo, pueden llamarse bellos? Existen multitud de naciones que encuentran agradables el té y el café: pero ¿habrá alguien que se atreva á decir que son bellas esas sustancias?

Luego, no debe confundirse lo bello con lo agradable, ni mucho menos con lo útil, que es á menudo su peor enemigo.

Aquel que en un vaso griego no viese mas que una vasija, y en una copa de Cellini

un salero, ese las destruiría bien pronto usándolas. En efecto, utilizar es apropiarse las cosas á nuestro deseo, reducir las á su ron sustancia, sacrificarlas, por fin.

El día que los pontífices romanos miraron como útiles los monumentos de la antigüedad, los convirtieron en ruinas; pero ¡oh raro caso! entónces esas ruinas se embellecieron que el mismo monumento.

Por eso el viajero que visita de noche el *Forum*, experimenta uno de esos arrobamientos cuya inefable impresión se conserva siempre en el alma. El aspecto de esos fragmentos le sumerge en un sueño delicioso, solemne, y para el viajero el arco de Tito y el Coliseo, han alcanzado la plenitud de su belleza solo desde el instante en que dejaron de ser útiles.

Lo útil es del dominio de la industria, lo bello constituye el patrimonio del artista. Se admira las creaciones del arte, y se consume los productos de la industria. Cuando la belleza no es la primera calidad del objeto, ese objeto no es obra de arte. Un mueble de uso puede tener cierta suma de belleza, pero no es bello en sí mismo, ni por su esencia—está embellecido.

Cuando lo útil y lo bello se reúnen en una misma cosa, sucede á menudo que la belleza parece proscribir el uso, y si aquella triunfa, el objeto se torna inútil. Luego, la utilidad es estraña al destino del arte: para conservar su dignidad, su grandeza, debe tener un objeto determinado, propio por decirlo así.

Si se le convierte en misionero de la religión, en oficial de moral, como decía Mirabeau, ó en agente de gobierno, no dejará de ser esclavo por brillante que sea su esclavitud.

Aun en servicio de las mas nobles causas, no puede convertirse en instrumento sin rebajarse ó empequeñecerse, porque la inspiración libre, sin trabas de ningún género, es el mas ilustre privilegio del artista.

La libertad es el mas encumbrado destino del espíritu.

No hay duda que puede ocurrir alguna vez que de una bella obra de arte resulte una idea moral; pero la moral depende del espectador que la deduce, es él quien la encuentra y quien la demuestra. En la época en que la pintura estaba en la infancia se figuraban en los cuadros inscripciones morales escritas en tiras, ó trazadas en banderolas que salían de la boca de los personajes. Estas injenidades góticas demuestran hasta donde llegaba el servilismo del pintor, y hasta donde podría ir, si el arte aceptase

la mision de predicar la virtud por medio del dibujo y del colorido. Olvidando poco á poco su verdadero fin, que es manifestar lo bello, caeria pronto en la infancia: el fondo primaria á la forma, la moral absorberia la belleza, y el arte no existiria.

Ahora bien, si tenemos presente la distincion que hemos hecho, veremos que, por un encadenamiento maravilloso, el arte produce por si mismo lo que no constituye su objeto, es decir, que es religioso y moral, útil y encantador.

Es religioso porque lo bello es un reflejo del mismo Dios.

Toda verdad envuelta por una forma sensible y bella, muéstranos, velado, el infinito: cubre y descubre á la vez la belleza eterna.

CÁRLOS BLANC.

CRÓNICA DE LA SEMANA

Publicamos á continuacion el aviso que anuncia el dia que tendrá lugar el funeral de la señora de Mitre.

El miércoles se llenará el templo y todos elevarán sus preces por el eterno descanso de la digna matrona.

DELFINA V. DE MITRE

Q. E. P. D.

Falleció el 6 de Setiembre de 1882.

Bartolomé Mitre, esposo, sus hijos, hermanos y demás deudos, ruegan á sus amigos y relaciones se dignen asistir al funeral rezado que por el descanso del alma de la finada se celebrará en la iglesia de N. S. de la Merced el miércoles 19 del corriente á las 11 de la mañana. Favor á que quedarán eternamente agradecidos.

Única invitacion.

El valiente Arabí ha sido derrotado. Así al ménos lo dicen los telégramas. Esto era lógico y tenia que suceder. ¿Con los ingleses? . . . ¿Quién puede vencerlos?

Un diario yankee, anuncia que un chiquito de trece meses de edad tocaba con bastante perfeccion el violin.

Es esta una gran precocidad, pero vosotros podemos oponer otro ejemplo ante el

cual quedará oscurecido el hecho norte americano.

En Navarro han fugado de sus respectivos hogares para juntarse luego en el tren los menores Lucas Peralta y Josefina Zapata, el primero de catorce años y la segunda de once.

¿Qué tal?

Si se toca el violin á los 13 meses bien se puede ser abuelo á los veinte años.

Ponemos en conocimiento del autor de la composicion titulada «Ecos», que no podemos publicarla por hallarse comprendida en una prevencion que hicimos á todos los colaboradores de este periódico, en el primer número del presente año.

Acaba de aparecer el volúmen del Anuario Bibliográfico que corresponde al año anterior, publicado bajo la inteligente direccion del conocido y aventajado escritor Dr. Alberto Navarro Viola. Este útil é interesante libro contiene una prolija reseña é importantes críticas de todos los trabajos que sobre historia, ciencia, literatura y estadística se han publicado en el año de 1881.

Felicitamos á su autor por la inteligencia y laboriosidad que revela en esta obra.

Una señorita de nuestra sociedad que oculta su bíblico nombre bajo el varonil pseudónimo de Lupérgio, nos ha obsequiado con las impresiones íntimas que publicamos en otro lugar.

Chalchal nos asegura que es el primer ensayo de la *dona*, cuyo nombre solo estamos autorizados para hacerlo conocer el dia que se presente algun *Pablo* digno de esa *Virginia*—Romanticismo puro. Sabemos de un jóven que no se casará hasta que no dé con la encarnacion de la *Maria* de Jorge Isaas. Tal así á nuestra nueva y enigmática colaboradora, hále ocurrido no contraer vínculos matrimoniales si no dá con el héroe de Saint Pierre, aquí es este pícaro mundo, tan agéno á las veleidades de la fantasía mas ó menos fecunda de un versificador ó prosador.—Sospechamos ha de quedarse soltera *per in eternum*; pero como «no hay mal que por bien no venga», esto refluirá en pró de las letras que tendrán una cultivadora asidua en.... *Lupérgio*, lo que quizás no se realizara si llegara á dar con su *Pablo*.

La página es bella en la forma, notándose algun pesimismo en las ideas, acaso por las circunstancias excepcionales de la vida de nuestra romántica colaboradora.

Hé aquí los nombres de las actrices, bailarinas y cantantes que han llegado á ser esposas de personajes:

En 1825: Ménétrier, corista, marquesa de Cussy.

En 1830: Sontag, cantante, condesa Rossi.

En 1846: La Sta. Arredondo, bailarina, consorte de un hermano de Fernando VII.

En 1847: Lola Montes, bailarina, contrajo matrimonio morgánico con el rey Luis de Baviera, concediéndole el título de condesa Landsfeld.

En 1848: Maria, bailarina, baronesa de Herneville.

En 1853: Alboni, cantante, condesa de Pépoli.

En 1853: Adelaida Ristori, trágica, marquesa de Grillo.

En 1853: Dumilatre, mayor, condesa Clarce del Castillo.

En 1854: Teresa Esler, bailarina, esposa de un hermano del rey de Portugal.

En 1854: Sofia Cruvelli, cantante, baronesa Vigier.

En 1868: Adelina Patti, marquesa de Caux.

En 1870: Fanny Esler, bailarina, esposa de D. Fernando, padre del rey de Portugal.

En 1872 Nilson, cantante, consorte de Mr. de Ronzeaud, rico banquero.

En 1878: Heibron, cantante, esposa del vizconde de la Pamouze.

En 1881: Samary, de la comedia francesa, consorte de Mr. Paul Lagarde.

El presente número de «El Album del Hogar», contiene los siguientes materiales:

El retrato, (conclusion), por Miguel Moya. —Historia de una calavera, por Raymunda Torres y Quiroga.—Despedida, poesia, por Ernestina.—Páginas de una cartera, por Lupérgio.—Los aceites de petróleo, por Gaston Tissandier.—Espumas, poesia, por Leopoldo Diaz.—Brumas, por Leopoldo.—Plumadas, por Luciérnaga.—Grandeza y mision del arte, por Carlos Blanc.—Crónica de la semana.

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: URUGUAY 508

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, SETIEMBRE 24 DE 1882

DELFINA VEDIA DE MITRE

Con motivo de los funerales de la Sra. Delfina V. de Mitre, ha vuelto á vibrar dolorosamente el corazón de esta sociedad, recordando y sintiendo la muerte reciente de esta noble matrona, cuya desaparición del escenario de la vida, donde había ocupado un distinguido puesto, ha dejado en el hogar de su familia y en el hogar de los desgraciados, un vacío que en vano aquella y estos pretenden llenar con su dolor y sus lágrimas.

Su irreparable pérdida ha roto vínculos que arraigaban en el corazón. Por eso al bajar al sepulcro rodeada del respeto del pueblo y el entrañable amor de sus deudos, se ha recordado menos á la mujer de talento y de ilustración, que á la matrona noble y caritativa, á la madre ejemplar y á la esposa abnegada y fiel, que á semejanza de las antiguas patricias romanas, ha seguido la suerte variable del hombre ilustre á quien estaba unida, tomando una parte activa en sus tareas y una parte inmensa de las amarguras y contrariedades que le producían los múltiples acontecimientos de su agitada vida de soldado, de ciudadano y magistrado.

Si fuese un héroe ó un prócer el que hubiera llegado al término fatal que la naturaleza asigna á la existencia humana, «El Album del Hogar» cumpliendo un deber de patriotismo, lo seguiría á la morada eterna, con el aplauso inmenso y la palabra de entusiasmo que inspira en el alma el recuerdo de las grandes acciones y los grandes pensamientos que han dejado en el mundo un rastro de gloria; pero cuando el ser que abandona la vida, es uno de aquellos que han cumplido una misión sagrada en la tierra, sin buscar como estímulo la fama y como recompensa el aplauso de los hombres, entonces nuestro periódico considera no solo un deber sino un honor, tributar un

homenaje de profunda admiración al talento que se ocultaba bajo el velo de la modestia, y á la virtud anstera que practicaba el bien solo por seguir un impulso generoso del corazón, un deber de la conciencia y un mandato de Dios.

En este doble concepto la Sra. de Mitre puede ser citada como un digno ejemplo.

Mujer de verdadero talento, comprendió la misión de su sexo, y sin lanzar jamás su nombre á los vientos de la publicidad en busca de la gloria literaria, empleó las altas cualidades de su inteligencia en ayudar á su esposo en las tareas del periodismo y las nobles dotes de su carácter en educar á sus hijos y hacer la felicidad de su hogar. Alma caritativa y generosa no sacó la miseria á luz, para aliviarla ostentosamente ante la espectación pública, sino que buscó el asilo de la desgracia, para llevar hasta él sin ruido y sin alarde, el bálsamo del consuelo.

Por eso la prensa y la sociedad han levantado la voz en coro para tributar merecidos elogios á su memoria. Coro inmenso de gritos de dolor y aclamaciones de alabanzas, al que vá mezclado el acento de gratitud de muchos que, según la expresión del poeta que hace su apoteosis en una palabra, fueron sus hijos porque fueron desgraciados.

NUEVO Y EXTRAORDINARIO COMETA

No hace mucho vagaba como un sueño por la noche tenebrosa y helada de los vastos cielos. Invisible aún para el ojo gigantesco de los mas poderosos telescopios, sin luz y sin consistencia, podía compararse con una bola de viento que gravitara en el vacío del éter. Pero cuando llegó á un millón de leguas de nuestro ardiente sol, sintió como un estremecimiento eléctrico que le despertó, le penetró, le consumió en ardor inesperado, y le iluminó con resplandores fosforescentes.

La aguja inmantada encerrada en la brújula palpita, se estremece, y por decirlo así

se enloquece, perdiendo el Norte, cuando á 37 millones de leguas de nosotros el sol experimenta una de esas violentas tempestades magnéticas que le siembran de manchas enormes, ó proyectan en torno suyo llamas de 100,000 leguas de altura. El cometa, más sensible, y más excitable todavía que la brújula, se incendia cuando está subyugado por la atracción penetrante del astro del día. Deslizándose deliciosamente por la parábola que le acerca al foco querido, vuela hácia él con ardor creciente, doblando, decuplicando, centuplicando su volumen; y pronto, envuelto en una aureola de gloria y de luz, transfigurado por su brillo y esplendor, se arroja en las llamas del divino Apolo, que á veces roza con sus rayos la imprudente mariposa celeste, pero siempre sin quemarla la vuelve á enviar á visitar nuevos cielos en su vuelo misterioso é infatigable.

El cometa, que será visible dentro de algunos días para todos los habitantes de Europa, está en camino, desde hace muchos años, desde hace muchos siglos. (Si viene de la estrella más próxima, el viaje no ha durado ménos de 20 millones de años) Jamás ha atravesado nuestras regiones planetarias; á lo ménos esta es la primera vez que se le observa. Desde hace unos dos meses le seguimos con el telescopio y le vemos acercarse. Hoy está á 27 millones de leguas del sol. Su celeridad, que en los últimos días era de 900 á 950,000 leguas diarias, es hoy de más de un millón de leguas por día.

A la simple vista puede ya divisarse este misterioso explorador del infinito mirando hácia el Norte, ó, mejor dicho, al Noroeste, á la izquierda y un poco encima de la constelación de Casiopea, que parece una gigantesca W. El 20 de Mayo pasó á la izquierda de la estrella J de Casiopea, que brilla en la prolongación de la primera pata de la W. Después correrá en línea recta hácia el Poniente, atravesará rapidísimamente las constelaciones de la Girafa y del Cochero, y el 10 de Junio se sumergirá en el fuego solar para ir al otro lado del mundo, desaparecer de nuestra vista, y presentarse

de improviso en toda su brillantez á los habitantes del otro hemisferio.

Su brillo vá aumentándose progresiva y rápidamente. Será mucho mas luminoso que el del año último, y aún es probable que se le pueda ver á la simple vista, en pleno día. Por desgracia, la claridad de la luna va á aumentarse al mismo tiempo que el brillo del cometa, y éste, por otra parte, se precipita sin perder un minuto hácia el astro que le atrae; de forma que, á principios de Junio, en la época de su esplendor, su núcleo, envuelto en la radiacion del foco solar, habrá desaparecido debajo de nuestro horizonte al ponerse el sol.

Entónces podrá verse una inmensa columna de luz elevándose oblicuamente en el cielo por la parte Noroeste. Quizá tambien en los dias 9, 10 y 11 de Junio podremos contemplar en medio del día al cometa visible en las inmediaciones del astro radiante. De desear es que el cielo en esos dias esté puro, porque será éste un espectáculo astronómico de los más extraordinarios.

El boletin del cometa es el siguiente:

El 12 de Mayo llegó á una distancia del sol igual á la que hay desde el sol á la tierra (37 millones de leguas), y su celeridad era de 909,000 leguas por día.

El 22 estaba á una distancia igual á la que tiene Venus (27 millones de leguas), y su celeridad era de 1.060,000 leguas por día.

El 2 de Junio pasará cerca de la órbita de Mercurio (14 millones de leguas), y su celeridad será 1,431,000 leguas por día.

El 10 pasará por su perihelio á 2.240,000 leguas del globo solar, cuyo diámetro no mide ménos de 345,000 leguas. Entónces se precipitará con la celeridad de 3.682,000 leguas por día, ó sean 153,000 por hora, durá la vuelta al sol, recibiendo un esplendor sin igual, y llevado á la segunda rama de parábola simétrica de la primera, irá alejándose del astro radiante, pero como mal de su grado, y con una lentitud siempre creciente. Quizá el astro vagabundo vá á diseminar por los campos del espacio las semillas cósmicas fecundadas en los ardores del perihelio.

Si podemos calcular de antemano con precision su rumbo y su brillo (el 10 de Junio será por lo menos 3,000 veces más brillante que lo era el 19 de Marzo, fecha de las primeras observaciones), no podemos hacer lo mismo respecto de la extension y de la forma de su cola.

Ciertos cometas han proyectado en el espacio colas de 40, 50, 60 y hasta 80 millones

de leguas de longitud; otros se han abierto en forma de abanico de cinco ó seis rayos; otro se ha hendido en dos partes de alto á bajo, y hasta se ha desmenuzado completamente en una lluvia de estrellas errantes. El cometa actual emite ya un rayo en forma de penucho que mide más de 100,000 leguas.

Nuestros lectores saben ciertamente que estos misteriosos rayos son absolutamente transparentes é imponderables, y están situados, no precisamente detrás de los cometas en su marcha, sino siempre en oposicion al sol.

En este momento, el camino del viajero por el espacio es casi perpendicular á nuestro rayo visual. Está en su menor distancia de la tierra, y vá á alejarse de nosotros á medida que se acerque al sol. Pero despues de haber dado la vuelta á la ciudad central digámoslo así, de nuestro sistema, volverá hácia nuestra provincia errante, y puede ya calcularse que el 14 de Julio próximo atravesará la órbita que sigue anualmente nuestro planeta al derredor del foco luminoso. Su núcleo pasará todo lo más á 178,000 leguas de esta órbita, es decir, unas dos veces la distancia de la luna.

La tierra y la luna podrian, pues, verse envueltas en los vapores cometarios, en los cuales el análisis espectral ha demostrado la presencia dominante del hidrógeno y del carbono. Nadie puede prever cuáles serian las consecuencias fisiológicas de la mezcla química de estos vapores deletéreos y ardientes con la atmósfera que tenemos costumbre de respirar. Una disminucion en las proporciones del oxígeno determinaria probablemente en el espíritu humano un pesado estupor: los pensamientos, los actos, los ademanes no se producirian sino con una especie de lentitud valetudinaria y letárgica.

Cesarian los negocios, cesarian las combinaciones efimeras de la política que apasionan á nuestros hormigueros nacionales, lo mismo que las combinaciones económicas que atormentan á las hormigas más activas de nuestro planeta con una seriedad digna de la risa de los héroes de Homero: movimientos de alza y de baja, movimientos políticos más ó menos sinceros, todo se suspenderia, paralizado por el terror ante el invasor cometa.

Por el contrario, una disminucion del ázoe, y un aumento progresivo en la proporcion del oxígeno, produciria inmediatamente una satisfaccion gozosa, una alegría irresistible, una expansion de todos los sen-

timientos. A esto seguiria una excitacion nerviosa desarrollada por la combustion mas rápida de la sangre en los pulmones y de la circulacion en las arterias. Se acabarían los enemigos y las crueldades. La humanidad entera palparia como si tuviera un mismo corazon. Pero ¡ah! llegaria una hora en que los cerebros serian afectados por la combustion del oxígeno; todas las poblaciones trasportadas de vértigo no tardarian en lanzarse á una zarabanda universal, á una inmensa orgía que acabaria con la extenuacion de todos. En los dos casos, el manto flamígero del cometa seria el sudario de la humanidad.

Confieso que la profesia es de un augurio funesto; pero debo apresurarme á añadir que, segun todas las probabilidades, el choque con uno de estos astros de terror, cuyo solo aspecto hacia temblar á nuestros padres, no traeria consigo esas consecuencias desagradables.

Los cálculos están de acuerdo para demostrar que los mas inmensos cometas (algunos han llegado á 400 y 500,000 leguas de diámetro, como el de 1811, cuya cola tenia 44 millones de leguas) no pesan casi nada, tienen poquísimas densidad y no podrian penetrar á través de nuestra atmósfera. Sin embargo, no hay que olvidar que llevan una celeridad formidable, que su temperatura es elevadísima, pues que sus elementos están incandescentes, y que muchos núcleos han aparecido compuestos de un agregado de bolidos y de aerolitos sumergidos en un gas ardiente. Si pues, el encuentro no seria mortal, tampoco seria enteramente inofensivo.

De todos modos, el cometa debe llegar hacia la órbita terrestre el 14 de Julio próximo, y nos estaria reservado un gran espectáculo científico si en ese día se encontrase la tierra en el punto de su órbita que debe ser atravesado por el cometa.

En el caso en que estos fuegos artificiales de nuevo género no extinguieran la vitalidad terrestre y dejasen espectadores en estado de escribir la historia, la naturaleza nos ofreceria un experimento rarísimo y grandioso. ¡Hace tanto tiempo que estamos esperando un verdadero choque con un cometa!

Por desgracia, nuestro planeta errante no estará en situacion de recibir esa visita; pasó el 14 de Abril último por el sitio que ha de cortar el cometa, y cuando éste llegue se encontrará la tierra á millones de leguas de la nebulosidad cometaria...! Qué lástima!

¡Ah! ¡Si solamente el celeste viajero pudiera contarnos su historia! ¡Si pudiera decirnos qué regiones celestes ha visitado, qué abismos ha atravesado, qué mundos ha encontrado, qué humanidades le han saludado al paso, qué civilizaciones dominan en las tierras del cielo, qué genios piensan, qué corazones laten, qué alegrías y qué pesares se suceden en esas patrias diferentes de las nuestras; si pudiera enseñarnos hasta dónde se extiende este vasto universo, este Océano sin fondo, del cual la tierra no es más que una gota; qué diversidad regocija las miradas del espíritu que pasa de un universo á otro, y qué infinita variedad de séres ha visto desarrollarse en las celestes campiñas! Ha visto nacer mundos y morir mundos. Aquí cunas, allá sepulcros. Desde el principio de la eternidad, que no ha empezado jamás, soles se extinguen y génesis comienzan. Día vendrá en que nuestro sol, ya oscurecido, no llevará alrededor de sí en la inmensidad mas que planetas oscuros. La última familia humana vendrá á dormirse sobre la orilla helada del último mar ecuatorial, y desde entonces la tierra girará en la oscuridad eternamente como un sepulcro sin epitafio; ninguna piedra sepulcral se fijará en el espacio para marcar el sitio donde el pobre planeta haya exhalado el último suspiro, y de todas nuestras pomposas y resonantes historias no quedará ni un retazo, ni un recuerdo.

Quizá un cometa de los tiempos futuros, pasando entonces por las inmediaciones de esta tierra, en que tantos hombres habrán vivido, llevará en sus flancos algunas ruinas, algunos restos de nuestro naufragio celeste, é irá á depositarlos en otras esferas. Nada se pierde, nada se crea, todo se transforma, todo resucita. La molécula de ácido carbónico que se exhala del pecho de un moribundo va á florecer en la rosa del jardín; la molécula de oxígeno que se escapa de la vieja encina vá á incorporarse con la rúbia cabeza del niño que acaba de nacer.

La tierra es un astro como Vénus y Júpiter; nosotros todos somos ciudadanos del cielo sin saberlo, y cuando nos dormimos en la tierra es para despertar en las estrellas.

El papel de los cometas en el universo es todavía un enigma. Parecen una excepción en la armonía general de los movimientos celestes, como una fuga extraña á la melodía de los coros.

¿Vinjan de una estrella á otra, es decir de un sol á otro (porque cada estrella es un sol) y circulan de sistema en sistema? Al-

gunos atravesando nuestras comarcas planetarias han sufrido la atracción del poderoso Júpiter, de Saturno, de Urano, que constantemente les tienden luzes invisibles, y en fuerza de esta atracción han sido capturados y han sido fijados á nuestro mundo solar para no volver á escaparse.

Todo cometa que una vez se ha dejado desviar de su camino por la influencia atractiva de un planeta, cambia absolutamente de destino; ha concluido el viajero interstelar; y despues de haber visitado el sol debe volver al punto mismo en que ha sufrido la indiscreta influencia y gravitar en adelante siguiendo una curva cerrada, es decir, una eclipse.

En otro caso queda libre y puede correr indefinidamente á lo largo de parábolas ó hipérbolas abiertas en el infinito.

Es probable que en general los cometas que nos visitan sean nebulosidades abandonadas al principio del mundo solar, restos exteriores de la nebulosa primitiva cuyas condensaciones constituyeron al sol, la tierra y todos los planetas. Insensiblemente el foco central los atrae y vienen á revolotear en torno suyo como mariposas alrededor de una llama.

Un gran número pueden caer de otros sistemas y ser encontrados por nuestra república flotante en nuestra traslación hácia la constelación de Hércules. Todo induce á creer que acá y allá, diseminados por las pluyas celestes y flotantes sobre las olas etéreas, existen algunos cometas dislocados, ruinas de naufragios de millones de mundos arrastrados por el torbellino del movimiento universal. Kepler pensaba que hay tantos cometas en el cielo como peces en el Océano.

El análisis de su luz muestra en general (relación bastante inesperada) un aspecto análogo al de la llama del alcohol. Otra coincidencia más profunda y más importante: el hecho de la presencia del carbono, del hidrógeno y del ázoe en esos laboratorios del cielo es tanto mas notable, cuanto que precisamente la vida ha comenzado en nuestro planeta por la combinación química del carbono con el hidrógeno, el oxígeno y el ázoe, para formar las primeras celdillas albuminóideas.

Estos misteriosos exploradores del infinito ¿estarán destinados á recoger los últimos suspiros de los planetas difuntos y á sembrar la vida en mundos futuros?...

Pero detengámonos: las alas de esos rubios mensajeros nos llevarían hasta las estrellas, de las cuales la mas próxima está ocho bi-

llones de leguas de nosotros. El viaje sería un poco largo: este artículo lo es ya. Volvamos á la tierra.

CAMILO FLAMMARION.

MELODIA

Cuando la tarde
Tiende su velo,
Del ancho cielo
Por la estension:
Todo nos habla,
Todo suspira,
Todos nos mira,
Mi corazón!

Las hojas secas,
La voz doliente,
Que en el ambiente
Se oye gemir;
Las olas tristes,
La luz lejana,
Que en tu ventana
Viene á morir!...

Pasa á lo lejos
La golondrina,
Y el sol declina
Con lentitud;
Mientras se escuchan,
Entre los nidos,
Dulces latidos
De juventud!

El bosque, el prado,
Las mariposas,
Las frescas rosas,
Cuanto es de Dios:
Todo despierta,
Todo se agita,
Todo palpita
Para los dos!...

Y si la tarde
Tiende su velo
Del ancho cielo
Por la estension:
Todo nos habla,
Todo suspira,
Todo nos mira,
Mi corazón!...

LEOPOLDO DIAZ

HISTORIA DE UNA CALAVERA

(Continuación)

Los labios de Elisa se unieron á los míos.

Aquel beso transformó mi cerebro, enardeció mi sangre.

Me levanté y la estreché frenético contra mi corazón.

—Oh! Basta—me dijo desprendiéndose de mis brazos—te he dado una prueba de mi cariño, no abuses de mi debilidad.

—Abusar de ti?—exclamé mirándola con toda la ternura de mi alma—te amo mas que á mi vida, Elisa, y jamás olvidaré que eres la amada de mi corazón.

Mañana pediré tu mano á tu padre, y si me la concede, antes de dos meses serás mi esposa.

No soy rico.

—Y qué importa! nos amamos y seremos dichosos.

—Sí, Elisa mia, seremos felices, por que yo te adoro de rodillas.

Nos iremos á vivir al campo, á mi casita de V***

Qué dias nos esperan!

Se me figura ya verte apoyada en mi brazo, reclinada tu poética cabeza sobre mi hombro, mirándonos apasionadamente y contándonos en la mas íntima confianza, nuestras impresiones, nuestros deseos, nuestras aspiraciones para el futuro.

Por las tardes nos iremos á pasear á orillas del rio, leeremos alguna página de Bernardino de Saint Pierre, tu poeta favorito, que describe las bellezas de la naturaleza, con el talento de Chateaubriand, el estilo encantador de Lamartinié y el colorido del pincel de Jorge Sand!

—Oh! Dios mio! qué hermosa será la vida así, pasada á tu lado, Oscar, amándonos con delirio, siendo yo tuya y tú mio. Yo cierro los ojos deslumbrada, ante la perspectiva de un porvenir rico de esperanzas y de ilusiones plácidas. Quiero soñar.

Y Elisa veló el fulgor de sus espléndidas pupilas, con la cortina de sus negras pestañas, de sus admirables pestañas.

Oh! qué bella estaba Elisa, en aquel momento.

Sus mejillas de ordinario pálidas, estaban ligeramente encarnadas; una sonrisa divina vagaba en sus voluptuosos labios y su cabeza echada hácia atrás, dejaba ver el nacimiento de un seno de armiño y rosas.

Fué necesario toda mi adoracion, todo mi

respeto, para no reposar mi frente abrasada sobre aquel seno palpitante de amor.

—Oscar—me dijo fijando en mí sus grandes ojos cargados de una languidez deliciosa—es preciso que nos separemos, mi tia puede venir y tal vez no le agrade el encontrarte solo conmigo.

—Tienes razon, amada mia, no es prudente que permanezca mas á tu lado. Pero era tan dichoso, que he olvidado las horas.

—Y yo tambien

—Tu tia conoce mis intenciones, pero me parece mejor que primero hable á tu padre. . . .

—Sí, bien hecho, supongo que irás con Daniel.

—El me acompañará.

—Mi padre, no lo dudes, consentirá en nuestra union. Apesar de su carácter adusto, me quiere y no querrá que su hija sea desgraciada, por que sino me caso contigo, Oscar, jamas será la esposa de otro hombre, lo juro.

—Elisa, confio en tus palabras, mas que en la suerte. Tú serás mia, aunque se opusiera el cielo. Mañana sabrás su resolucio-

cion. Fé y esperanza—me dijo tendiéndome la mano.

Nos separamos.

Al otro dia fui á casa del Señor Severin.

Nos recibió en su escritorio.

Daniel me presentó como á su amigo íntimo.

Al oír mi nombre, el Señor Severin dejó caer sobre mí, una mirada estraña.

—Ah! vos sois Oscar Rawlend, me dijo midiéndome de piés á cabeza con su mirada de águila.

Yo hice un signo afirmativo con la cabeza.

—Y en qué puedo servirlos, caballero?

A otro que no hubiera sido yo, le hubiera impuesto el rostro severo de Severin, pero yo amaba y mi amor me daba coraje.

—Señor—le dije mirándole fijamente—amo á vuestra hija y vengo á pedirlos su mano.

El señor Severin palideció, al oír estas palabras, y se levantó con violencia de su asiento.

—Vos, vos, amais á Elisa!—exclamó con voz ahogada.

—Sí, señor, yo la amo y quiero hacerla mi esposa.

—Imposible, caballero, la señorita Severin, no puede casarse con vos.

—Y podré saber por qué?

—Porque. . . . porque. . . . yo no lo

quiero, lo oís? y Severin se paseaba agitado por el cuarto.

—Es porque no tengo fortuna, que os oponeis á nuestro enlace?

—Caballero, nunca acostumbro dar cuenta de mis pensamientos á nadie. Elisa se casará con quien yo quiera y se lo mande.

—Pero vos abusais de vuestro poder. . . .

—Mi resolucio es irrevocable; y saludando á Daniel que estaba asombrado de lo que oía—se dirigió á la puerta.

Yo le cerré el paso.

—Señor Severin—le dije con voz fuerte.

—Elisa será mia á pesar vuestro.

—Jamás, jóven, jamás.

—Vos sois padre, pero yo amo y soy correspondido. Veremos cual puede mas.

—Sí, lo veremos—me contestó—hoy mismo la traeré á mi lado y no la vereis mas, lo juro por mi nombre.

Yo temblé al oír esto.

Una palabra; una sola me habia anonadado.

No ver á Elisa!

El hombre fuerte desapareció, solo quedó el desgraciado, que le amenazaban con quitarle la luz, la esperanza, la vida, porque Elisa lo era todo para mí.

—Oh! señor—esclamé arrojándome á sus piés—no seas cruel, no me priveis de verla, de contemplarla. Yo la adoro, no tengo una gran fortuna, pero trabajaré, me iré de aquí, si me lo mandais, y cuando vuelva rico, prometedme que consentireis en nuestra boda.

—Caballero—me dijo el Sr. Severin casi conmovido ante mi quebranto—ni aunque tuvieseis los tesoros del Perú, consentiria en una union imposible.

RAIMUNDA TORRES Y QUIROGA.

(Continuará)

EL CONSUELO MAS EFICAZ

Por Madame Louise D'Alq

Me propongo evidenciar hoy que el trabajo es el supremo consuelo de todos los pesares que nos reserva la vida.

El mejor lenitivo es ciertamente la oracion; pero alguien ha dicho que trabajar era orar.

He procurado demostrar como se podia y como solamente se puede encontrar la felicidad en la tierra, haciendo la felicidad de los demás, felicidad sin fin, siempre fácil de realizar y desprovista de amargura,

Como que nada se espera de aquellos á quienes se hace este bien. Pero hay existencias destinadas al infortunio por un acontecimiento fatal y cruel que no pueden ni quieren buscar la felicidad, aquellos á quienes la alegría, la calma, el placer mismo en la caridad les son privados. No es la alegría lo que deben buscar en tales circunstancias, es solamente un poco de consuelo, algun paliativo á sus penas.

Este consuelo no lo encontrarán sino con una ocupacion. En la oracion encontrarán resignacion y fuerza para trabajar. Por eso suele decirse que en la oracion se encuentra el supremo consuelo. Ella da confianza y esperanza, pero el desdichado que se contentase con orar, sucumbiria con su dolor. En la oracion se encontrará resignacion y valor. En el trabajo el olvido, temporal, quizás, pero en todo caso una clase de distraccion forzada. El trabajo aleja de nosotros tres grandes males, el fastidio, el vicio y la necesidad.

A los que se ven solos en el mundo, á los que han perdido los seres mas queridos, que no tienen ningun atractivo en la tierra, solo una cosa puede secar sus lloros, distraerlos en su gran dolor: es una ocupacion imperiosa.

¿Porqué se cree siempre al pobre mas duro, mas indiferente que al rico, y se le vé que se consuela mas fácilmente? Es porque está forzosamente mas distraido. El siente tambien pero no tiene tiempo de complacerse en su dolor. Adelante! le dice su señor, el trabajo.

El rico renueva su pena á cada momento con el recuerdo, tiene tiempo de buscar refinamientos á su dolor, uada le impide entregarse á él por completo.

Por eso es que para aquel que ha perdido un sér querido, este recuerdo es de una amargura tan llena de dulzura, que se complace con su dolor y quisiera vivir eternamente con él; pero en esta vida no somos solo nosotros. Somos de la humanidad y no nos es lícito disponer así de una vida que no nos pertenece. El mismo á quien lloramos no nos quiere desgraciados; sin olvidarlo podemos vivir, vivir con su recuerdo!

Hay otras penas ménos crueles, es cierto, pero quizás mas acerbas que las de la muerte de nuestros amigos. Hay decepciones terribles que parecen destruir todo nuestro sér, deberes imperiosos que abruma hasta las mas nobles existencias.

Los que han sido desilusionados, heridos en las fibras mas recónditas de su corazon,

y no pueden recurrir sino al olvido; los que vinculados á un ser que respetan y quieren son provocados por pequeñas reyertas cotidianas; los que están obligados á vivir en un perpétuo sufrir; los que se ven forzados á vegetar cuando se sienten con fuerzas para luchar y vencer, los que están ligados, ay de mí! á quien quiera que sea por el corazon ó la posicion, no encontrarán calma y dulzura sino en el trabajo, no un trabajo de pura fantasía, sino una ocupacion imperiosa, que se apodere de todas nuestras facultades, que absorba, fatigue y arranque el pensamiento que nos atormenta.

La lectura es un poderoso calmante porque ella sustituye una idea á la que nos roe. Un trabajo puramente manual y que deje todo el pensamiento libre no es provechoso en estos casos. «El trabajo, ha dicho Diderot, tiene entré otras ventajas, la de acortar los dias y estender la vida.»

Pero lo que falta á la mayor parte es saber encontrar ese trabajo.

He citado ya, como uno de los mas bellos ejemplos que he conocido, el de una madre anciana de sesenta años, que habiendo perdido su hijo único, se puso á aprender el dibujo, primero para hacer el retrato de ese hijo arrebatado á su amor, en seguida para enseñar en una escuela gratuita que ella fundó.

Los que quieren encontrar una ocupacion pueden fácilmente dar con una.

Pero no se trata de elegir, de decir: esta me conviene! yo no me humillaré á esto, es aquello lo que quiero.

Se debe tomar la que se tiene mas á la mano, y á veces la mejor viene despues.

Lo principal es tener la firme voluntad de trabajar, no importa en qué.

La eleccion no es mas que un negocio de amor propio. El que pinta no debe decir: «yo no haré sino cuadros grandes, no los venderé, no hay gusto por esta clase de cuadros; no importa: el público tendrá que adherirse á mis gustos.» Y despues se cruza de brazos, no trabaja mas y se queja de no encontrar trabajo! El escribano no quiere sujetarse á ninguna de las exigencias de su profesion.

Cualquiera que sea la posicion se encuentra las mismas exigencias.

Sin esto se encontraria siempre trabajo.

«Forzad los hombres al trabajo, y los hareis honrados, decia Voltaire.» Todos los políticos debieran meditar esta frase!

El trabajo es el puerto, el refugio del naufrago, la estrella de los magos que guia y abriga.

Es mas que lo que el mundo, la sociedad y los amigos pueden hacer, pues «quien ama el trabajo tiene bastante consigo mismo» (La Bruyere).

En el trabajo las gentes nerviosas y enervadas encuentran calma, reposo y curacion.

Estando colérico, el trabajo apacigua; inquieto, agitado, calma.

«Con el trabajo se disipa el fastidio, se ahorra el tiempo, se cura la languidez, la pereza y los perniciosos pensamientos de la ociosidad» (Bossuet).

Fijos en los que no trabajan, como bostezan, se fastidian y fastidian á los demás; cualquier pequeñez les contraria, se disgustan por cualquier broma, mientras que los que trabajan ven la humanidad en grande y gozan con la mejor distraccion.

Los minutos de reposo están para ellos llenos de delicias, y los saborean.

Los chismes no los afectan porque se habitúan á mirarlos de léjos.

No se vé sino el interés de la vida en el fin que se persigue.

LOS OJOS

¿Quién no se sentirá atraido por la magia irresistible de algunos ojos?

Comprendo que al oír esta pregunta solteis la risa y ni siquiera os acordéis de que todas las preguntas están pidiendo una respuesta. Sentirse atraido por el entornado y prometedor mirar de algunos ojos es lo mas natural del mundo cuando se trata de los ojos de una mujer.

Son estos ojos al hombre, lo que el iman al acero, lo que el diamante al rayo, lo que la envidia á los corazones pequeños que les atrae y les seduce.

La cara dicen es el espejo del alma.

Los ojos son el espejo de la cara y el libro de la inteligencia.

Un hombre ciego es una caja herméticamente cerrada.

Habladle al corazon y habreis encontrado la llave.

Y por otra parte, ¿habrá algo que tanto hermosee á la raza humana ni que de mas la sirva?

Cerrad los ojos y no conoceréis á vuestro mejor amigo ni podreis admirar los divinos destellos de la hermosa y pródiga naturaleza.

Los ojos son brillantes porque se alimentan de la luz.

Quedaos á oscuras y vuestros ojos se cerrarán sin que sepais daros cuenta de por qué.

Por eso la noche os invita al reposo; por eso cuando teneis un profundo sueño os quedais sin luz.

Hay quien se acostumbra á dormir con iluminacion.

Pero esta no deja de ser una rara costumbre, y hay otras mas estrañas.

Yo os aseguro que con un pensamiento que os preocupe y una luz brillante en vuestra habitacion, os será imposible conciliar el sueño.

Si muchos duermen con luz, es con esa luz opaca de las antiguas lámparas egipcias que acrecienta el deseo de dormir.

Cerrad los ojos y sentireis arder vuestra cabeza y fiebre en vuestras manos.

Y parecerá como que la tierra anda en vertiginosa rapidez y os arrastra en su veloz carrera.

Y os tendreis que coger al objeto mas próximo ó á la pared mas cercana para no caer.

¿Qué es esto? es un abismo que os atrae, el abismo del vértigo, el abismo de la oscuridad.

Pero abrid los ojos á la luz, y entonces la fuerza volverá á vuestro cerebro, la risa á vuestros lábios, y tendreis en los piés la firmeza y la seguridad que antes les faltaba.

La luz es el poder y la alegría.

Por eso los ojos que de ella se alimentan casi siempre están alegres, por eso brillan siempre.

Los ojos ocupan la parte mas superior de la cara.

Son mas nobles que las restantes partes que la forman.

Pero no que la frente, porque la frente representa la inteligencia que los dirige.

Escuchad el mas brillante discurso, la poesía que mas os hable al alma, la música mas dulce y melodiosa, y á fuerza de tanto oír, el discurso os irá pareciendo monótono, la poesía insípida y un sonido molesto la música. Vuestro oído se habrá cañado.

Hablad mucho; recitad con el entusiasmo del artista una bellísima composicion; leed un trabajo vuestro del que esteis orgullosos; contad á vuestro amigo mas íntimo los pesares que os atormentan ó las alegrías que os adormecen, y aunque tengais el mayor gusto en la conversacion, á pesar vuestro concluireis por sumiros en un largo mutismo del que no se sale tan fácilmente. Os habeis cansado tambien.

¿Cuándo os cansais de ver?

Nunca.

Los ojos recibirán siempre un placer en admirar. Pasarán por todas partes alegres ó serios, segun que les agrade ó no lo que ven, pero mirarán siempre, y será necesario un cuadro de desolacion y ruina, una escena terrible, la vileza de un asesinato ó la repugnancia del crimen, para que se aparten del cuadro ó de la escena.

Y ellos tienen bien merecida esta supremacia.

Con la boca no podeis mas que hablar ni mas que escuchar con los oídos. ¿Pero y con los ojos?

Los ojos tienen mas poder, mas virtudes, talento mayor y variado.

Podrá estar vuestra imaginacion muy lejos del sitio donde se encuentra vuestro cuerpo, y sin embargo, mirad con atencion al que os habla, aunque no os fijeis en lo que dice, y estará orgulloso del valor que dais á sus palabras, cuando tal vez, tal vez ni siquiera las habeis oido.

Pero hay mas; yo creo que sobrè el lenguaje simbólico, sobre el de la mímica, y muchas veces superando al de la palabra, está el lenguaje de los ojos.

Y no culpeis á este idioma de engañoso.

¿Cuántas veces con la palabra se dice lo que no se siente y se pregona lo que no se cree!

Decid que por eso debe desterrarse un idioma, y tendreis que borrar todos los diccionarios del mundo.

Mas cuando no es mentira, ¿hay lenguaje tan elocuente como el de los ojos?

Quitadle á un hombre una ilusion y en su rostro vereis reflejarse el llanto, aunque no veais lágrimas.

Que lo que él creia un sueño de felicidad se realice, y sus ojos sonreirán, y hablarán mas elocuentemente que las palabras, porque en aquel momento es dichoso, y la dicha gusta poco de ser vestida con frases pomposas sin eco en el alma.

¿Quereis saber hasta qué punto la ira domina en el corazon del que, víctima de una ofensa de esas que no se comprenden sin el deseo voraz de vengarlás, se entrega á los mas violentos arrebatos? Pues miradle los ojos, los vereis con la pupila roja, y en ellos la fiereza no saciada, la rabia comprimida, el dolor infinito, la infinita desesperacion.

Pero noto que los he puesto muy altos y voy á bajar un poco los ojos.

La union es la fuerza, hé ahí un axioma universal.

Sumad y aumentareis, hé ahí otro que quiere decir lo mismo.

Pues aplicad estas dos reglas á los ojos y os dan idéntico resultado.

Cuatro ojos ven mas que dos.

Se exceptúan los de los agentes de la autoridad que por razon de su cargo están dispensados de ver.

Yo sabia que los ojos conspiraban, pero nunca llegó á mi noticia que estas conspiraciones perjudicasen mas que al individuo á quien se trataba de arrebatár su tranquilidad.

Hoy reconozco que he estado en un error.

Sé de ojos que conspiran contra instituciones respetables.

Los de los bizcos, de quienes todos los dias se dice que miran contra el gobierno.

Los ojos no valen lo mismo para todo el mundo; para un oculista son una mina; para un centinela la vida; para los que tienen ojos y no ven un adorno; para los vistos de aduana una cosa perfectamente inútil.

¿No habeis oido á muchos hombres sensibles decir entusiasmados: soy todo corazon?

Pues decid á un hombre curioso que vais á enseñarle algo y exclamará: soy todo ojos.

Así como la cara tiene antifaz, le tienen tambien los ojos.

La careta de los ojos son las gafas.

Claras ú oscuras disfrazan igualmente, pero en las primeras hay posibilidad de conocer; en las segundas hay que renunciar al reconocimiento.

El hombre que lleva gafas oscuras es impenetrable, prueba de que los ojos son el termómetro de las emociones.

Si teneis un amigo que las lleve ya lo habeis notado, hablareis con él una hora sin saber si vuestra conversacion le es simpática ó desagradable, como él mismo no quiera decíroslo, sin conocer las sensaciones que le causa vuestro relato ó si le ofende lo que le decís.

Un hombre con gafas es un ciego que vé y que quiere ser ciego.

Por eso se las quita nunca.

Los ojos son la cédula de vecindad del hombre.

Por eso muchos que no tienen sus papeles en regla apelan á un recurso.

Ponerse gafas.

Hay un problema cuya resolucion se deja para cuando se haya dado direccion á los globos, la cuadratura del círculo sea la primera verdad de la geometría, y el movimiento continuo una cosa tan natural y corriente como ahora hacer andar un éro-

ómetro de cuatro mil reales. Hasta tal punto parece el problema insoluble y complicado.

Es decir qué ojos valen mas, si los azules los negros.

Ya que le he anunciado, no quiero dejar de dar mi opinion, valga lo que valiere.

Los ojos negros son el fuego que consume mata sin sentirlo, un abismo divino.

Los ojos azules son la seducción tranquila reflexiva, un divino cielo.

Cuando unos miran, matan de felicidad.

Cuando otros miran, nos prometen una dicha eterna.

Si los ojos negros matan y los azules son a gloria, mi resolución está tomada.

Quiero morir para ir al cielo.

MIGUEL MOYA.

(Concluirá.)

EL ESPECTÁCULO DE LA NATURALEZA

Varias veces hemos tenido ocasion de ver en el curso de nuestras conferencias cuánta importancia pueden adquirir los fenómenos meteorológicos en lo que á nuestros intereses atañe. Debemos ocuparnos de ello una vez más.

Compréndese que todos los países civilizados del mundo se esfuercen en estudiar la atmósfera, y procuren llegar á predecir el tiempo futuro, como se preven de antemano los eclipses, los acontecimientos astronómicos y las mareas. Merced á la telegrafía eléctrica se puede muchas veces anunciar la llegada de un ciclón ó de una tempestad á una localidad determinada, porque la electricidad es mucho mas rápida que el huracán.

Si avanza una tormenta de Sur á Norte, como la del 9 de Mayo de 1855, es fácil conocer con anticipación las regiones en que descargará, aun cuando solo se halle en sus comienzos.

Las estaciones meteorológicas organizadas en la cumbre de las montañas, como el observatorio del Pico del Mediodía ó del Puy de Dôme, prestan tambien grandes servicios, porque donde principalmente se ha de buscar la causa de las perturbaciones inferiores es en las altas regiones del aire.

La acumulacion de nieve en las altas cimas, así en el nuevo mundo, como en el antiguo continente, y en especial en los Alpes, ocasiona con frecuencia, con su rápido

derretimiento al principio de la primavera, inundaciones mas ó ménos considerables. Además, precipitándose estas nieves en grandes masas por las pendientes, forman tambien avalanchas que á menudo destruyen las viviendas humanas. Algunos observadores apostados en las montañas, pueden avisar de antemano á los habitantes de los valles los peligros que les amenazan.

El espectáculo del océano aéreo ofrece por sí mismo un gran atractivo: procuraré hacer comprender sus bellezas.

Sumerjidos como estamos en el fondo de este inmenso océano gaseoso que se llama atmósfera, no conocemos las leyes que regulan los movimientos de sus invisibles oleadas, lo mismo que los seres que viven en el fondo del mar no sospechan que las mareas hacen oscilar la superficie de las aguas, que las olas espumosas se precipitan sobre peñascos desconocidos, que una fosforescencia superficial ilumina á veces, á modo de largas cintas de fuego, esas llanuras líquidas que están en incesante movimiento.

Nuestros limitadísimos sentidos nos han ocultado largo tiempo la existencia de ese gas impalpable que sostiene la vida en nosotros. El hombre ha dirigido sus miradas á gran distancia de la tierra, hasta las soledades más etéreas, en donde las nebulosas están sembradas como polvo celeste, mucho ántes de fijar su atención en el aire que respira, en el aire que anima sin cesar todo su organismo.

¡Cuántas reflexiones han suscitado esas aspiraciones del espíritu humano, que se lanza arrogante á la conquista de los cielos ántes de haber aprendido á explorar su propio dominio! ¿No asiste el derecho de recordar aquí la famosa máxima: «Conócete á tí mismo», pronunciada con sano juicio un tanto sarcástico por un antiguo filósofo? ¿No es permitido completar este aforismo diciendo: «Conoce tu morada, estudia tu casa, investiga las leyes que rigen la vida del globo terráqueo, observa ese bajel que flota en el espacio, y que noche y día arrastra á través de la inmensidad á la humanidad entera?»

En el siglo décimosexto algunos osados navegantes se atrevieron á emprender por primera vez, y con un heroísmo sin igual, la verdadera conquista del Océano; en nuestra época los hombres han interrogado por vez primera la atmósfera para esforzarse en descubrir sus misterios. Por todas partes se construyen observatorios en la superficie de los continentes, y todos los

pueblos civilizados cuentan hoy con sábios que consagran su inteligencia al estudio de los fenómenos aéreos. El observatorio de Montsouris, destinado especialmente á la meteorología, tiene en todas partes sucursales ó establecimientos rivales, cuyos resultados se completan y encadenan.

Confiemos en que, con tales recursos, no habrá que aguardar muchos siglos para que quede creada la ciencia del aire, para que la observacion responda á esas múltiples que se dirige la meteorología moderna.

No hay preguntas nada que pueda excitar tan vivamente nuestro interés como el aire; sepultados nosotros en las profundidades de la atmósfera, estamos sometidos constantemente á la accion de sus invisibles oleadas, que obran de diferente modo en nuestro organismo, segun que se precipiten impetuosas y terribles, ó que se dejen mecer blandamente en el espacio. ¿Cual es la causa de estas variaciones?

¿Por qué ocultan hoy el azul del firmamento densos nubarrones, al paso que mañana la bóveda celeste, pura y radiante, dejará llegar hasta nosotros los rayos vivificadores del sol?

No es una vana curiosidad que suscita estos problemas, sino una necesidad seria y universal. El marino confia su vida y su fortuna al aire mas bien que al Océano; al aire pide el labriego la lluvia y el calor, y el médico acusa al aire en las epidemias.

Ninguna ciencia es más útil, y ninguna ciencia ha estado mas desatendida que la de la atmósfera, puesto que por espacio de muchos siglos el hombre ha llegado á dudar si el aire existia en realidad.

La imaginacion y el buen sentido popular han hecho de esas vacilaciones de una ciencia naciente el caso que merecía, poblado las llanuras aéreas de encantadoras divinidades. ¿No era Eolo el que hinchaba en otro tiempo las velas de las naves, mientras que Bóreas y Aquilon, sus hijos, recorrían los bosques para estremecer el verde ramaje con su poderoso soplo?

La razon y la filosofía moderna han ahuyentado esos seres poéticos, han hecho olvidar esas ficciones á menudo temibles; la regla ha sucedido á la arbitrariedad, y las ocultas potestades de la fábula han sido reemplazadas por fuerzas cuyas leyes se procuran determinar. Pero no por verse bajo un nuevo prisma es ménos hermosa la naturaleza, ni sus bellezas ménos á propósito para elevar el espíritu, y el aire, aún sin los dioses que debían animarlo, no ha perdido nada de su interés.

Si el mar nos asombra por su sorprendente extension, por el mugido melodioso y plañidero de sus olas, el aire nos depara tambien espectáculos imponentes que merecen llamar en alto grado toda nuestra atencion. Cuando el aire está libre de vapores y el sol atraviesa su espesor, ¿puede darse panorama más admirable que el de esa inmensa cúpula azul que se eleva como una bóveda vaporosa cuya profundidad no puede sondear la mirada? Su azulado matiz tan puro y tan bello casa perfectamente con todos los tonos, su nota está siempre al unísono en la gama de los colores; no parece sino que armoniza con nuestra alma, produciendo en ella cierta desconocida sensacion de secreto júbilo.

Pero si un denso manto de oscuros nubarrones oculta el azul del cielo, si la bruma y los vapores espesos están suspendidos en el espacio, los seres vivientes no pueden menos de sentir una inquietud evidente, aunque mal definida; la naturaleza, triste y ansiosa, anhela que llegue el momento en que el aire recobre su serena limpidez.

La ciencia del aire responde á las necesidades más imperiosas de las sociedades; cuando esté fundada, el labrador podrá cultivar el suelo provechosamente, y el marino perdido en la inmensidad de los mares, no se verá cogido de improviso por el ciclón terrible ó por el huracán furioso.

Es de lamentar que se haya malgastado tanto tiempo disertando sobre la causa de los movimientos del aire sin estudiar mejor su naturaleza, sin que la observacion haya venido á descorrer el velo de las numerosas soluciones de los mil problemas que vemos anunciados en el seno de las llanuras del aire. ¿Hay investigaciones que ofrezcan mas atractivo, mas encanto que las de meteorología? ¿Hay estudio mas interesante que el de observar la nube dulcemente balanceada por el hálito del céfiro, y meditar en la mision sublime de la gota de agua que desciende en forma de lluvia á fertilizar nuestros continentes?

Los espectáculos del aire son siempre grandiosos, siempre nuevos y de variedad infinita. Cuando va á despuntar el dia, los rayos del sol, reflejándose en las altas regiones de la atmósfera, tan sólo nos envian al pronto un tenue fulgor que aumenta en intensidad por momentos hasta que queda convertido en el mismo dia, despues de haberlo anunciado. Este fulgor es la aurora que, á causa de la descomposicion de los rayos solares, produce todas esas tintas suaves ó resplandecientes con que se engalanan las nu-

bes por la mañana. Los poetas atribuyen estos fenómenos de coloracion á la diosa de sonrosados dedos, precursora del sol, que recorre en su carro las vaporosas praderas del aire.

Si no hubiera aire, los rayos del sol llegarían á la tierra en línea recta, no habria graduaciones que preparen la luz deslumbradora del dia ó las tinieblas de la noche, la aparicion y desaparicion del sol serian bruscas y repentinas, al dia en todo su esplendor sucederia la oscuridad completa, y la noche cederia instantaneamente el puesto á la luz. Pero la naturaleza, proporcionando esta lenta sucesion de fenómenos, parece deseosa de preparar la vida que nace con el dia y mitigar nuestra pesadumbre cuando va á extinguirse.

Gracias al aire, el sol se presenta por la mañana como un suave resplandor que aumenta sin interrupcion, y por la tarde disminuye lentamente su brillo y desaparece casi sin que lo advirtamos. La luz se disipa poco á poco, como nuestra juventud, como nuestra fuerza, como nuestros goces, como nuestra existencia misma, sin que, por decirlo así, tengamos conciencia de ello.

GASTON TISSANDIER.



CRONICA DE LA SEMANA

El cometa que se ha visto estos últimos dias al lado oeste del sol, ha llamado la atencion general.

Los comentarios que se han hecho respecto á su aparicion son de género tan diverso como el número de preocupaciones que privan en cada humanidad aislada.

Para el hombre versado en las leyes constantes de la naturaleza, el hecho no puede ser mas natural, aunque sea imprevisto y en todo concepto digno del mas detenido estudio.

Para el vulgo. . . pero oigamos algunos diálogos pescados á vuelo de pájaro.

Un carbonero italiano le dice á uno de sus marchantes.

—Ha visto, señor, el cometa?

—Sí.

—¿Y sabe, lo que quiere decir eso?

—No.

—Que vamos á tener guerra.

Entra á la carbonería en ese instante la vieja vecina Doña Dorotea á comprar un

peso de leña de espinillo, y terciá en el debate, diciendo:

—El cometa, no puede significar guerra porque tiene poca cola: así, rabon, anuncia peste. . .

No concluiríamos trasladando al papel las preocupaciones del vulgo, y en el deseo de consignar al respecto algo digno de la atencion de nuestros lectores, transcribimos en este número uno de los mas bellos artículos del celebrado astrónomo francés Camilo Flammarion.

Lo hemos tomado del *Hispano-Americano*, acreditada revista internacional que se publica en Paris.

El 30 del corriente tendrá lugar un paseó á bordo del vapor paquete español *Clarís*.

Al efecto se repartirán invitaciones personales.

Engalanamos hoy las columnas del *Album* con un fragmento de madame Louise D'A'q, cuyas obras son tan poco conocidas de nuestro público, apesar de su indisputable mérito. Ha sido arrancado del cuaderno de traducciones de una de nuestras bellas, por uno á quien la ocasion hizolo ladrón.—Esperamos ha de ser absuelto, en atencion al móvil que le guía, al entregar á la publicadad una página, cuya lectura puede ser de tanta utilidad para las lectoras del *Album* que se encuentran dominadas por algunos de esos sufrimientos, que sólo pueden ser curados aplicando los séries y familiares consejos de la ilustre escritora francesa.

Si en algun caso el robo es excusable, en ninguno mas que en el presente, en que al perpetrarlo se ha tenido en mira, no el egoísta interés de uno, sino el bien de todos los que tienen motivos suficientes para verter lágrimas de dolor, proporcionándoles el paño con que las pueden secar.

A este número acompañan los siguientes materiales:

Delfina Vedia de Mitre—Nuevo y extraordinario cometa, por Camilo Flammarion—Melodía, poesia, por Leopoldo Diaz—Historia de una calavera (continuacion), por Raimunda Torres y Quiroga—El consuelo mas eficaz, por madame Luisa D'A'q—Los ojos, por Miguel Moya—El espectáculo de la naturaleza, por Gaston Tissandier—Crónica de la semana.